

48 copias p. 116

Capítulo 2: Hernán Cortés: la ficcionalización
de la conquista y la creación del
modelo del conquistador.
Ediciones del Norte 1988

Beatriz Pastor

**Discursos narrativos de la conquista:
mitificación y emergencia**

*Discursos narrativos de la conquista:
mitificación y emergencia*

CAPITULO 2

Hernán Cortés: La ficcionalización de la conquista y la creación del modelo de conquistador

1. El contexto de una rebelión.

Hernán Cortés se embarcó en una nave que salía de Palos de Moguer con rumbo a las Indias a principios de 1504. Había transcurrido menos de un año desde el momento en que Colón, abandonado en la isla de Jamaica, escribió la desesperada *Lettera Rarissima* en la que, de forma un tanto inconexa, reafirmaba y acababa de delinear un modelo de percepción de la nueva realidad sobre el cual iba a consumarse, en un plazo de menos de veinte años, la destrucción de las islas de sus Indias.

El modo de representación del Nuevo Mundo que se expresaba en los diarios y cartas del Almirante estaba en la base de un proyecto colonial concreto que se apoyaba en la percepción y caracterización de América como botín. La actividad que corresponde al botín es el saqueo, y como compleja estructura de saqueo se organizó el primer modelo de economía colonial en las Antillas. El centro de aquel

modelo era el oro, cuyo valor capital venía determinado por las necesidades de metales preciosos para nuevas acuñaciones de moneda —metales preciosos que escaseaban en Europa como resultado de la balanza comercial pasiva en el comercio con la India y el Oriente.¹ A este hecho se añadían en España los continuos y crecientes gastos de la corona, que iría requiriendo más y más metales preciosos para pagar las deudas que le ocasionaban sus múltiples campañas militares.² Esta necesidad histórica de oro explica en parte la obsesión de Colón y sus contemporáneos por él en detrimento de todos los demás aspectos de la realidad económica de América. En la *Lettera Rarissima*, Colón afirmó una y otra vez el valor superior del oro con respecto a cualquier otra mercancía: “De allí sacarán oro...que yo estó a la fuente; genoveses, venecianos y toda gente que tenga perlas, piedras preciosas y otras cosas de valor, todos las llevan hasta el cabo del mundo para las trocar, convertir en oro; el oro es excellentísimo: del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas del paraíso”.³ Entre 1503, año en que el Almirante escribió la *Lettera Rarissima* desde Jamaica, y 1520, año de la conquista de México por Hernán Cortés, llegaron a Sevilla no menos de 14.000 Kg de oro, sin contar extravíos ni contrabando.⁴ Pero a medida que se iba viendo con más claridad que las nuevas tierras no eran las del extremo oriental de Asia sino un nuevo continente colocado como una barrera entre Europa y los reinos de las especias, el valor excepcional del oro se fue afirmando con mayor exclusividad. Las posibilidades de enriquecimiento rápido se identificaban con él y, apoyándose en el valor material real que tenía en la época este metal, el aventurero o descubridor de los siglos XV y XVI, convertiría el oro en el talismán que mudaba fortunas, rompía barreras sociales y transformaba, sin transición, al aventurero en gran señor. El propio Colón señala esta transformación y mitificación de las cualidades del oro en su *Lettera Rarissima*, cuando complementa el valor material de un oro que “hace tesoro” con el poder mágico de un oro que no sólo “hace cuanto quiere en el mundo” sino que

llega milagrosamente a echar las ánimas del paraíso.⁵

Tanto desde el punto de vista de la percepción de la realidad como desde el de la organización de la economía de la colonia, esta supervaloración y mitificación del oro llevó consigo un fenómeno de consecuencias desastrosas: la reducción y subvalorización de todos los demás aspectos de la nueva realidad natural. Este fenómeno, que se expresa con intensidad a lo largo de todo el discurso colombino, para culminar en esa especie de canto de exaltación del oro que entonó el Almirante al final de la *Lettera Rarissima*, supuso una reducción y deformación aún mayor de una realidad que se percibía ya de entrada como botín —es decir, en términos de los elementos necesarios o valiosos dentro del contexto de la economía de mercado europea. La presencia de las especias —segundo elemento clave de la primera representación de América como botín que hizo Colón— se hacía cada vez más dudosa al no confirmarse las identificaciones voluntaristas del Almirante en sus primeros viajes, cuando aquél creía ver clavo y pimienta por todas partes. Los bancos de perlas sólo existían en las proximidades de la isla de la Margarita, y, a pesar del primer cargamento espectacular que llevó de ellas Hojeda a España, no parecían una fuente de riqueza general ni inagotable. Y las piedras preciosas, tan prometidas por las fuentes literarias del modelo colombino, no habían aparecido todavía por ninguna parte. Estaba el palo de brasil, cuya existencia abundante, anunciada por Colón desde el primer viaje, se había confirmado plenamente. Pero el comercio con el brasil no sería tampoco fuente de grandes riquezas para los colonos, porque la corona se reservaba su monopolio y exportación a Flandes, donde, vendido como colorante, serviría para pagar la importación de telas y paños.⁶

Quedaban como posibles fuentes de enriquecimiento la agricultura y la ganadería. Pero aquí se tropieza con un problema doble. En primer lugar, el de la aclimatación de los productos agrícolas europeos en los cuales se centraron los primeros intentos de desarrollo agrícola en la colonia.⁷ A pesar de las promesas del Almirante, que veía la isla de la

Española cubierta de olivos y viñedos como las islas del Mediterráneo, la naturaleza tropical se resistía a esa transformación particular, y los árboles, viñas, plantas y granos transplantados al Nuevo Mundo no produjeron al principio resultados ni siquiera satisfactorios. Esta decepción inicial se convirtió en obstáculo mayor, dada la actitud general de los españoles que viajaban a las Indias durante esta primera época de la colonia. Desde Colón hasta Cortés, pasando por Bartolomé de las Casas, encontramos la misma evaluación, las mismas críticas de la actitud de los primeros colonos españoles en América. Estos no habían viajado a América para trabajar, “para ellos cavar y arar”, como diría Las Casas, sino para enriquecerse rápidamente y regresar a España. Colón hace una descripción amarga y detallada de los objetivos reales de aquellos pobladores, en una carta a los reyes que escribió desde la Española durante su tercer viaje: “porque no venían salvo con la creencia que el oro que se decía que se hallaba, y especierías, que era a coger con pala, e las especierías que eran dellas los líos hechos liados, y toda a la ribera de la mar, que no había más salvo echarlos en las naos; tanto los tenía ciegos la cudicia. E no pensaban, que bien que obiese oro, que sería en minas, y los otros metales, y las especias en los árboles: y que el oro sería necesario cavarlo, y las especias cogerlas y curarlas”.⁸ Y veinte años más tarde, Cortés, que ya era gobernador de la Nueva España, se referiría en una carta al rey a la calidad personal de los emigrantes españoles en términos aún menos elogiosos: “...es notorio que la más de la gente española que acá pasa, son de baja manera, fuertes y viciosos de diversos vicios y pecados.”⁹ Para esta primera población colonial, la actividad natural era la rapiña, única forma de saquear con la rapidez deseada ese botín de las Indias, y de volverse a España convertido en indiano rico y respetado. En el fondo, las diferencias entre ellos y el Almirante estribaban sólo en una cuestión de método. La visión de América como botín era común a ambos, pero así como Colón, con filosofía de comerciante, planeaba el mejor aprovechamiento de ese botín, los colonos, con una actitud salida de una larga historia de

conquistas guerreras recompensadas por rapiñas y saqueos, se proponían simplemente agotarlo y abandonar su despojo.

La historia de las Indias entre 1492 y 1520 demuestra el triunfo del proyecto de saqueo sobre el de utilización y explotación controladas que propugnó Colón. De acuerdo con tal proyecto de saqueo, se creó una economía colonial monstruosa en la que faltaba la capacidad de autoabastecimiento en todos los productos básicos y donde prácticamente toda la actividad productora de la población se canalizaba hacia la búsqueda de oro. El resultado de este modelo fue un rápido agotamiento de las reservas naturales y humanas. La producción de oro que alcanzaría la cifra de 1.434.664 ducados en el período de 1511-1515,¹⁰ empezó a declinar inmediatamente después para ir agotándose a partir de 1520. Y el agotamiento del oro se vio acompañado por el progresivo agotamiento y reducción de la mano de obra indígena —esencial para la producción de mercancías, considerando que los colonos no eran “gente de trabajo”, como señaló Colón acertadamente;¹¹ esto fue cierto hasta el punto de que el valor de cualquier explotación de la colonia —ya fuera minera o agrícola— se equiparaba con el número de indios que tenía para llevarla a cabo.¹² El resultado del ritmo de explotación intolerable al que los colonos sometían a los indios, junto con malos tratos, enfermedades, y falta de alimentos constante, fue una disminución impresionante de la población indígena del Caribe. Entre 1492 y 1514, la población indígena de la Española pasó de 500.000 a 32.000.¹³ La preocupación de la corona y de los colonos ante este descenso demográfico se manifestaría con claridad desde 1514, aunque la política real de repartimientos y la preocupación de los colonos respondería, más que a una causa humanitaria, a la relación de dependencia en que se encontraba la explotación de la colonia con respecto a la mano de obra indígena. La disminución de esta mano de obra que cargaba con todo el peso laboral de la explotación implicaba necesariamente el empobrecimiento de los colonos y la disminución de la renta real.

Es en este contexto de agotamiento de las arenas auríferas

y de disminución drástica de la mano de obra donde hay que enmarcar las primeras expediciones a las islas menores de las Antillas, a las Bahamas y, finalmente, a tierra firme, así como la progresiva expansión del centro colonial de Santo Domingo a Puerto Rico primero y a Cuba después. A partir de 1508, la población colonial empezó a extenderse a Puerto Rico y, luego, a Cuba, y, ya en 1505, se realizaban expediciones regulares a las islas que el propio rey había denominado “las islas inútiles” —como las Bahamas— en busca de mano de obra. Bartolomé de las Casas ofrece una descripción escueta de esas primeras expediciones de “exploración” con base en las grandes Antillas: “Por este tiempo, aunque ya se andaba por el rebusco de las gentes yucayas, de que mucho habemos arriba, en el libro 2, hablado como nuestros españoles las vendimiaron, todavía, como vieron los vecinos de esta isla que los indios dellas se les acababan, pero no por eso de matar cesaban, los que se hallaban con algunos dineros, que con la sangre de los muertos habían allegado, se juntaban en compañía y armaban uno o dos navíos o más, para ir a rebuscar los inocentes que por las isletas donde moraban, escondidos por los montes se habían del furor pasado escapado”.¹⁴ A estas expediciones en busca de esclavos y de posible oro, —los colonos iban con “el ojo vivo a si hallaran señal de oro” señala Las Casas— las denominaba muy gráficamente el propio Las Casas “saltos”.

A partir de 1509 se realizaron una serie de expediciones que tenían por objetivo la tierra firme y cuya base de partida ya no era Sevilla sino Sto. Domingo, Cuba o Jamaica. Aunque el objetivo de estas expediciones se iría ampliando progresivamente, siguió estando condicionado por el marco económico en el que se integraban: Se trataba fundamentalmente de suplir las deficiencias de mano de obra y de botín que empezaban a ser evidentes en la colonia.¹⁵ No representaban un proyecto nuevo de descubrimiento y exploración, sino que, ancladas firmemente en el modelo colombino de percepción y representación de la realidad americana, pretendían remediar y compensar la creciente escasez de recursos de la colonia existente, expandiendo a nuevos espacios

Escuela de Historia
Academia de Historia
1974

naturales su modelo económico de saqueo. Las expediciones de Hojeda y Nicuesa, en 1509, la de Hernández de Córdoba, en 1517, las que promovió desde Jamaica Francisco de Garay a partir de 1515, y la de Juan de Grijalva, organizada por Velázquez en 1518, serían básicamente del mismo signo y tendrían los mismos objetivos fundamentales. En ellas, la integración de las nuevas tierras en el ámbito socioeconómico de la colonia, se proyectaba reducida a dos relaciones inmediatas: captura y tráfico de esclavos, y saqueo del botín, especialmente del oro.¹⁶ Pero estas expediciones a tierra firme que precedieron por poco tiempo a la de Hernán Cortés, tuvieron una importancia indiscutible en la elaboración de su proyecto, aunque el objetivo que las impulsó era profundamente distinto del que definiría Cortés poco después.

La primera de aquellas expediciones fue, por orden cronológico, la de Diego de Nicuesa y Alonso de Hojeda, en 1509-10. Nicuesa y Hojeda habían conseguido del rey, mediante intrigas apoyadas por el obispo Fonseca, que les fueran concedidas las licencias y gobernaciones para poblar y rescatar en Veragua y Urabá (Colombia y Panamá) respectivamente. No existen relaciones directas de la expedición escritas por ninguno de sus participantes, pero Las Casas ofrece una versión bastante detallada de ella. De acuerdo con él, el móvil de Nicuesa, que era el cerebro de la expedición, era “el olor de las nuevas que de la riqueza de ella el Almirante que primero la descubrió, había dado, y él oído”.¹⁷ La expedición se planeó como intento de rescatar y poblar la tierra firme recorrida por el Almirante en su cuarto viaje. Pero Las Casas puntualiza cuidadosamente esos dos términos, redefiniéndolos de acuerdo con su significado real dentro del contexto en que se utilizaban. Equipara Las Casas explícitamente “poblar” con “llevar las guerras y el pestilencial repartimiento”, cuyo resultado inevitable sería, según él, la destrucción y despoblación de las nuevas tierras.¹⁸ En cuanto a la segunda forma de relación —el rescate— Las Casas es también muy explícito, identificando rescate con saqueo material y con captura de esclavos para el tráfico con Europa y la colonia. Se refiere, hablando de la

población de Cartagena, a “los grandes males que habían recibido de los que fueron los años pasados *con título de resgatar*”, y habla de los colonos exploradores que “su codicia poco a poco extendiendo *debajo de este nombre resgate* hacían armadas con que captivaban gran suma de indios que en la Española y las demás islas sin más justo título por esclavos vendían”.¹⁹

Los juicios de Bartolomé de las Casas sobre el comportamiento de los colonos suelen ser apasionados. Pero en este caso, como en tantos otros, las acciones de los dos personajes al mando de la expedición — cuyo relato parece ser que oyó Las Casas de boca de alguno de los supervivientes — demuestran la exactitud de sus redefiniciones y puntualizaciones. Según este relato, al llegar Hojeda a tierra firme, y apenas desembarcado, su primera acción habría sido “dar de súbito en un pueblo llamado Calamar, por haber presto algunos indios y enviarlos a esta isla a vender como esclavos”. Y una vez realizado este primer propósito, relata Las Casas que Hojeda y su tripulación “su misma codicia y pecados cegándolos, desparciéronse por los montes buscando cada uno qué robar”. Y el primer contacto de Nicuesa con la nueva tierra y sus pobladores habría sido —siempre según la misma fuente— todavía peor, aunque pretendiera justificarse por la necesidad de represalias. Ante la llegada de Nicuesa en ayuda de Hojeda, dice Las Casas, los indígenas “...del grande miedo que tuvieron, de súbito salieron de sus casas huyendo, dellos con armas y dellos sin ellas, y no sabiendo por donde andaban daban en el golpe de los españoles, que los desbarrigaban; huían de aquestos, y daban en los otros de la otra parte, que los despedazaban. Tornábanse a meter en las casas, y allí los españoles, poniendo fuego, vivos los quemaban”.²⁰

Resuelto de ese modo el problema de la rebelión indígena, Nicuesa y Hojeda se separaron para dirigirse a sus respectivas gobernaciones a “colonizar”. Las Casas comenta lacónicamente la primera fundación de Hojeda, quien al no hallar el oro que los indígenas le anunciaban “buscó por allí cierto lugar, y desembarcó la gente y sobre unos cerros asentó un

pueblo al cual llamó la villa de Sant Sebastián...el cual aunque no se poblara no se ofendiera a Dios, antes infinitos pecados se excusaran”. Así se creó la “negra villa” desde la cual Hojeda llevaría a la práctica el modelo antillano de colonización, concretado para Las Casas en “inquietar, robar y captivar”.²¹ La colonización de Diego de Nicuesa expresaría el mismo proyecto, aunque éste no llegó ni siquiera al simulacro de fundación de Hojeda, y se limitó a ir sacando lo que podía para remediar su situación, que se hacía más crítica a cada día que pasaba: “Enviábalos, a chicos y grandes, a enfermos y sanos, a la tierra dentro por ciénagas y aguas, por montes y valles, a saltar los pueblos de los indios y sus labranzas”.²² Cuando, meses más tarde, Anciso se reunió con los supervivientes del grupo dejado por Hojeda en Urabá, les impidió regresar a Jamaica y les persuadió para que continuaran la “colonización y población” comenzadas. El argumento que utilizó para convencerlos expresaba el proyecto de su propia empresa concebida, una vez más, como empresa de saqueo. Las Casas lo resume en los siguientes términos: “Finalmente dello por ruegos y persuasiones y poniéndoles delante cebo para movellos, que saltarían a tierra y harían esclavos para traer o enviar a esta isla... hobo de hacer que a Urabá tornasen”.²³

La segunda expedición a tierra firme que se organizó con base en las Antillas fue la de Francisco Hernández de Córdoba, que salió de Cuba el 8 de Febrero de 1517. Bernal Díaz señala que la expedición estaba financiada por Hernández de Córdoba con participación de cada uno de los miembros de la tripulación, aunque Diego de Velázquez aportó ayuda material y gestionó y concedió las licencias para rescatar y poblar en las nuevas tierras. El piloto de la expedición era el mismo Antón de Alaminos que había acompañado a Cristóbal Colón en su cuarto viaje y a Ponce de León en su descubrimiento de la Florida. Las Casas, que era amigo de Hernández de Córdoba y lo conocía bien, afirma que el objetivo de la expedición era desde un principio “ir a saltar indios donde quiera que los hallasen”; y dice que, por influencia de Alaminos, que insistía en navegar hacia la mar del poniente

al sur de Cuba “con esperanza grande que tenía que había de hallar tierra muy poblada y muy más rica que hasta allí”,²⁴ se cambió el rumbo inicial y el propósito de saquear lugares conocidos y ya algo esquilados, por el de intentar el descubrimiento de nuevas fuentes de botín material y humano, que Alaminos aseguraba se encontrarían en las tierras de Veragua. Bernal Díaz, testigo presencial, pero no siempre escrupuloso en su “elaboración” de los sucesos, especialmente en la de los que modifican de forma favorable su propio papel y el de otros conquistadores anónimos, admite que las instrucciones de Velázquez para esta expedición eran que “habíamos de ir de guerra y cargar los navíos de indios de aquellas islas para pagar con indios el barco para servirse de ellos por esclavos”, aunque enseguida después afirma, virtuosísimo, que él y los demás soldados, viendo que lo que pedía Velázquez no era justo, se negaron, respondiéndole que “lo que decía no lo manda Dios ni el Rey que hiciésemos a los libres esclavos”.²⁵ En todo caso, la captura de esclavos como objetivo central de la expedición se cita en ambas fuentes y, tanto en la versión de Las Casas como en el relato de Bernal Díaz, se complementa con el ineludible botín de oro. El primero habla de la riqueza de Veragua descrita por el Almirante —que era muy especialmente riqueza en minas de oro.²⁶ El segundo se refiere a “tierras ricas y gente que tuviesen oro, o plata, o perlas u otras cualquier riquezas” y puntualiza que llevaban a bordo un contador real encargado de separar el quinto real de lo que se rescatase.²⁷

La actividad de los protagonistas de la expedición parece confirmar en cualquier caso que el rescate del botín era el objetivo central de esta nueva expedición descubridora y colonizadora. Todo el diálogo que mantuvo Hernández de Córdoba con los indígenas capturados en diversos lugares de la costa tenía como fin averiguar “si en la tierra había aquel metal”. Hernández de Córdoba les preguntaba repetidamente si había oro en la isla y se comprometía a liberar a los prisioneros indios que tenía cautivos en las naves si se los entregaban.²⁸ Bernal Díaz por su parte confirma en su *Historia* el proyecto de saqueo de la expedición en la que él tam-

bién participó, al recordar a aquel clérigo González que iba con la expedición y que “se cargó las arquillas e ídolos e oro y lo llevó al navío”.²⁹

Sin embargo, a pesar de la claridad del objetivo de saqueo y de que la expedición circunscribió su actividad a ese proyecto inicial, en el relato de Díaz hace su aparición un elemento nuevo, cuya importancia no se le iba a escapar a Velázquez y, mucho menos aún, a Cortés. Se trata de una serie de signos materiales que evidenciaban la existencia de una cultura superior a las halladas hasta entonces en el Nuevo Mundo: las casas de “cal y canto” muy bien labradas, las enigmáticas esculturas y los relieves en piedra y barro que descubrieron los expedicionarios en los templos, las vestimentas que llevaban los naturales y que los caracterizaban como “hombres de más razón que a los indios de Cuba”,³⁰ así como las colmenas domesticadas de las que habla en su relato Las Casas, insinuaban la existencia de formas de civilización mucho más avanzadas que las halladas en las tierras exploradas y pobladas hasta entonces.³¹ Y el éxito de esta expedición estribaría, para Velázquez, más en el descubrimiento de todos estos signos anunciadores que en el rescate material obtenido. Díaz no acababa de comprender la importancia que se les daba a aquellas casas de “cal y canto”, a las “pecezuelas de oro”, y los ídolos que algunos “soblímábanlo en arte”,³² pero la importancia extraordinaria que revistieron para Diego de Velázquez aquellos indicios anunciadores de la existencia en tierra firme de una gran riqueza cultural y material, se reflejaría en la celeridad con la que comenzó los preparativos para otra expedición cuyo objetivo geográfico serían las mismas tierras recorridas por la expedición anterior. Esta última expedición preparatoria salió de Cuba el 1 de Mayo de 1518 al mando de Juan de Grijalva.

Es difícil determinar a la vista de los documentos existentes si Juan de Grijalva ha pasado a la historia con esta expedición como el más tonto o como el más honesto de todos los descubridores y conquistadores. Pero de lo que no cabe la menor duda es de que fue el más obediente, el que

más escrupulosamente siguió las instrucciones dadas por un gobernador en toda la historia de la conquista de América, lo cual le valió no pocas críticas e insultos por parte de sus propios hombres. Bernal Díaz lo consideraba valiente y esforzado, pero el capellán de la expedición, Juan Díaz, no puede disimular su irritación ante su falta de iniciativa, y acaba en su relación acusándole del resultado mediocre de la expedición, diciendo que “si hubiéremos tenido un capitán como debiera ser, sacáramos de aquí más de diez mil castellanos; y por él no pudimos trocar nuestras mercaderías, ni poblar la tierra ni hacer letra con él”.³³ En todo caso, el comportamiento legalista y obediente de Grijalva tiene la ventaja de iluminar con su coherencia perfecta las instrucciones de Velázquez y su proyecto para esta expedición. Bernal dice que “la instrucción que para ello dió el gobernador fue según entendí que rescatase todo el oro y la plata que pudiere y si viere que convenía poblar o se atrevía a ello, que poblase y sino que se volviese a Cuba”.³⁴ Pero el comportamiento de Grijalva en la relación del capellán Juan Díaz, con su sistemática negativa a llevar a cabo cualquier actividad que no fuera de exploración o de rescate, parece indicar que el poblar no estaba entre las órdenes que le había dado Velázquez a Grijalva para este viaje. Las Casas nos explica cómo esta actitud no se debía en modo alguno a cobardía sino que era resultado de su actitud respetuosa y obediente con las instrucciones recibidas. Dice Las Casas: “Juan de Grijalva era de tal condición de su natural, que no hiciera, cuanto a la obediencia y aún cuanto a la humildad y otras buenas propiedades, mal fraile, y, por esta causa, si se juntaran todos los del mundo, no quebrantara por su voluntad un punto ni una letra de lo que por la instrucción se le mandaba, aunque supiera que lo habían de hacer tajadas. Yo lo conocí e conversé harto y entendí siempre del ser a virtud y obediencia y buenas costumbres inclinado y muy sujeto a lo que sus mayores le mandasen. Así que, por más ruegos y razones importunas que le hicieron y representaron, no pudieron con él que poblase, alegando que lo traía prohibido por el que le había enviado, y que no para más de descubrir e resgatar

tenía mando, y que con cumplir la instrucción que se le dió haría pago”.³⁵ Según esta versión, las instrucciones de Velázquez contenían una prohibición explícita de *poblar* y *conquistar*, prohibición que parece lógica considerando por una parte la ambición de Velázquez y, por otra, el hecho de que éste aún no poseía la licencia real que se apresuraría a obtener apenas conocidos los resultados de esta última expedición.

Las tres expediciones descritas formaban parte de un proyecto homogéneo e idéntico al que había dado forma a la organización social y económica de la colonia española en las Antillas. Pero aunque su interés innovador es escaso desde el punto de vista del proyecto colonizador que expresaban, es indudable que revistieron una importancia geográfica considerable. En este aspecto, las tres expediciones fueron etapas importantes en el proceso de cancelación del referente imaginario que había articulado la representación colombina de América. La validez de aquel modelo creado a partir de datos geográficos y fantásticos que había ido seleccionando Cristóbal Colón en sus lecturas,³⁶ se vería cuestionada primero, para ser cancelada progresivamente por una experiencia inmediata de lo que era verdaderamente la realidad de las nuevas tierras. Se mantendría de la representación colombina la percepción de América y de cada una de las tierras recién descubiertas como botín, pero el proceso colombino de verificación descriptiva como modo de aprehensión y descripción fue substituido en medida cada vez mayor por el inventario objetivo y directo de la realidad explorada, aunque siempre selectivo en función del modelo y de las necesidades económicas de la colonia ya establecida. Ya antes del cuarto viaje de Cristóbal Colón, se había iniciado el desarrollo de un proceso de exploración y definición progresiva de la tierra firme como objetivo geográfico. La expedición de Alonso de Hojeda en 1499, en busca de los bancos de perlas anunciados por el Almirante en su tercer viaje, dio como resultado geográfico la exploración y el trazado del mapa de toda la costa de Venezuela. El mismo año, Vicente Yáñez exploraría la costa desde el cabo de San

Agustín hasta la desembocadura del Orinoco —y no del Amazonas, como se ha afirmado a veces.³⁷ Un año más tarde, Alvarez Cabral prolongaba la exploración del nuevo continente por la costa del Brasil hasta el Amazonas, mientras la expedición de Rodrigo de Bastida y Juan de la Cosa exploraba la costa de Venezuela a Panamá. Dos años después, Colón buscó afanosamente, en la costa de Colombia y Panamá que estaba recorriendo, el estrecho de comunicación con el mar de la India y las Islas de las Especias. Hojeda y Nicuesa continuarían la exploración de esta misma zona, atraídos por las riquezas anunciadas por el Almirante, en su expedición de 1509. La expedición de Francisco Hernández de Córdoba en 1517 continuó el reconocimiento de la costa, explorando la franja de Yucatán; y Juan de Grijalva, que divisó tierra en la misma península de Yucatán en Mayo de 1518, prolongaría la exploración de la costa hacia el norte, hasta San Juan de Ulúa y el sitio de la actual Veracruz.

En este progresivo descubrimiento de los contornos del nuevo continente, América se iba definiendo como una entidad geográfica nueva y diferente del modelo imaginario que había intentado verificar en ella Cristóbal Colón. Los otros descubridores y exploradores de este período aprenderían a observar con mirada cada vez más objetiva aquellas tierras que, entre 1503 y 1518, se iban revelando como lo que en realidad eran: un continente nuevo, distinto del Asiático, totalmente desconocido e inexplorado hasta aquel momento. Pero el abandono del referente fantástico del modelo colombino haría retroceder sus formas particulares de representación de lo maravilloso y de lo monstruoso sin, por ello, hacer desaparecer el elemento fantástico que se asociaba con la nueva realidad. Ya nadie buscaba, como lo había hecho el Almirante, la región mítica de los montes de oro custodiados por hormigas gigantes, descrita por Eneas Silvio; pero, desde Colón hasta Cortés — y, en realidad, hasta mucho años más tarde — seguirían sucediéndose las noticias, oídas o dadas por guías y exploradores, sobre un número considerable de criaturas y lugares fantásticos. Salvador de Madariaga señala que “los hombres de aquella

época estaban dispuestos a aceptar revelaciones extra, infra o sobre-naturales de toda índole, o mejor dicho revelaciones que ampliases y transfigurases el sentido y alcance de lo que es natural...formas de vida no imaginadas, maravillosas o espantosas todavía ocultas al mundo viejo”,³⁸ indicando el lugar prominente y cotidiano que ocupaba lo maravilloso en la concepción del mundo del español medieval y renacentista. Irving A. Leonard afirma, por otra parte, que esa propensión del español de la época al mito y a la fantasía era particularmente intensa, incluso para aquel período histórico, y apunta una explicación de este fenómeno en relación con la historia de la península: “El relativo aislamiento de la vida española del resto de Europa, la omnipresente proximidad de lo desconocido en las oscuras aguas del Atlántico, y la mezcla de culturas europeas y arábiga tendían a incrementar un sentido especial del misterio y de la fantasía. Estimulaban enormemente esta preocupación introspectiva por lo extraordinario...las historias de marineros que retornaban... Traían ellos rumores de islas misteriosas con extrañas formas de vida: hidras, gorgonas, amazonas, sirenas.... Tal vez reaccionando contra el aciago realismo de su propio medio, los españoles que escuchaban estas fantasías se escapaban de sí mismos en alas de lo irreal...”.³⁹

Parece en todo caso indiscutible que existía una propensión muy acusada al mito, a la imaginación y a la aceptación de lo maravilloso, una de cuyas manifestaciones sería, a partir del siglo XVI, la locura nacional por las novelas de caballerías, cuyas ediciones y reediciones continuas invadirían la península hasta el punto de suscitar la proclamación de leyes que regularan o prohibieran su lectura. Y la confusa línea divisoria entre realidad y ficción que caracterizaba la percepción de la época se mantuvo y manifestó a lo largo de casi todas las expediciones del período y aún mucho más tarde. Colón hablaba de monstruos míticos y del hallazgo del Paraíso Terrenal. Pero, en 1512, Ponce de León navegó perdido por el Caribe durante más de seis meses en busca de la Fuente de la Eterna Juventud, hasta tropezar por casuali-

dad con la península a la que llamaría La Florida. Y cinco años más tarde Juan Díaz refiere haber oído decir que en la punta de la península de Yucatán se encontraban las amazonas y que un cacique indio había hablado de la existencia, en unas islas próximas, de hombres blancos de orejas enormes.⁴⁰ Velázquez retomaría los dos elementos —amazonas y hombres monstruosos— elaborando esta última noticia en las instrucciones oficiales que le dio a Hernán Cortés para su expedición a México, en 1519. En ellas le decía: “e porque diz que ay gentes de orejas grandes e anchas y otros que tienen las caras como perros y así mismo donde y a qué parte están las amazonas, que dicen estos indios que con vos lleváis que están cerca de allí”;⁴¹ y le ordenaría que investigase la verdad de tales afirmaciones.⁴²

Lo fantástico en sus dos vertientes —lo maravilloso y lo monstruoso— ya no funcionaba en ese momento como pieza clave de identificación de las nuevas tierras con el referente imaginario del modelo colombino.⁴³ Pero continuaba presente en la mente y en los relatos de los descubridores, y, asociado a la tradición de las “istorias antiguas” que inspiraron el modelo de Colón, o a las “historias mentirosas” de las novelas de caballería, seguiría siendo un motor importante de acción y una constante de la aprehensión de la nueva realidad. Sin embargo, la situación objetiva era ya muy distinta de la que le había permitido a Cristóbal Colón sus fantásticas transformaciones e invenciones de la realidad americana de acuerdo con una imagen literaria prefabricada. Aunque Juan Díaz hablara repetidamente del Yucatán como isla, la percepción básicamente correcta de la configuración geográfica de un nuevo continente — frente a la idea inicial del Almirante, que esperaba los numerosos archipiélagos que anunciaban el Cipango y la costa oriental del Catay — se iba imponiendo con rapidez. El objetivo geográfico de las expediciones efectuadas entre 1503 y 1518 aparecía definido con claridad cada vez mayor. Por otra parte, aunque es cierto que el proyecto colonizador de estas expediciones se reducía al de expansión del modelo de saqueo característico de la colonia, es indudable que —

junto con una mayor definición y clarificación del objetivo geográfico que hacía retroceder sensiblemente la barrera de fábulas y temores que se asociaba con lo desconocido — estos viajes a tierra firme aportaron algo de importancia fundamental: Las últimas tres expediciones, pero especialmente la de Hernández de Córdoba y la de Juan de Grijalva, volvieron con una serie de datos concretos sobre las nuevas tierras y sus habitantes, que abrían posibilidades de contacto mucho más ricas que el proyecto tradicional de convertirlas y utilizarlas como reserva de mano de obra y de botín. Diego de Velázquez reaccionaría rápidamente ante estos signos anunciadores de civilizaciones muy prometedoras, intentando asegurarse el monopolio de su explotación mientras seguía enviando sucesivas expediciones exploradoras a recoger información sobre la naturaleza de las nuevas tierras y gentes. Por otra parte, Cortés, sobre quien iba a recaer el mando de la próxima expedición a la tierra firme, elaboraría un proyecto radicalmente nuevo, sobre la base de la evidencia de riqueza cultural y material que se entreveía en los primeros contactos de Hernández de Córdoba con los Mayas, y de Juan de Grijalva con los súbditos del imperio Azteca. Evidencia que se concretaba no en el simple valor material del oro y plata, de las joyas y la coraza que Grijalva había llevado a su regreso a Cuba, sino en el complejo grado de civilización que expresaban la calidad de su hechura, los signos que los cubrían y los motivos que representaban.

Es imposible por falta de documentación existente trazar con certeza la génesis del proyecto de conquista de Hernán Cortés, aunque todo su comportamiento, desde su habilidad para hacerse elegir como capitán de la expedición por el propio Velázquez hasta sus primeras acciones, ya en la tierra firme, demuestran que no se trataba de ninguna improvisación. Mientras Velázquez se disponía a utilizar a Cortés para aprovechar el compás de espera forzoso que le imponía la concesión de la licencia real, recogiendo la información que le permitiría apoderarse con la mayor eficacia y provecho de las nuevas tierras, Cortés movía influencias, decidido a utilizar el apoyo inicial de Velázquez como punto

de partida necesario para una empresa que nada iba a tener que ver con los objetivos fijados por el gobernador. Estos eran muy semejantes a los que hace adivinar la escrupulosa obediencia de Grijalva, y se reducían a obtener información sobre la tierra y sus habitantes y a rescatar las cosas de valor que pudieran, para regresar en breve a Cuba con las noticias y la riqueza que hubiera resultado de ambas actividades. Bernal Díaz dice que, aunque públicamente se anunció que la expedición iba a poblar, "secretamente el Diego Velázquez enviaba a resgatar y no a poblar".⁴⁴ Las instrucciones que le dio por escrito y ante escribano Velázquez a Cortés, el 23 de Octubre de 1518, confirman la afirmación de Díaz y la completan con información extensa sobre el proyecto de Velázquez y la función que éste le asignaba a la expedición de Cortés dentro de él.⁴⁵ La función de la expedición de Cortés quedaba en estas instrucciones reducida a cuatro puntos básicos.⁴⁶ Se le nombraba capitán de la armada y se le ordenaba registrar la mayor cantidad posible de información, comunicar puntualmente en detallada relación la información obtenida a Velázquez, supervisar el escrupuloso depósito del rescate en el arca de "dos o tres cerraduras" y predicar, si se presentaba la ocasión, algunas verdades fundamentales de la religión católica.

Los signos indicadores de que Cortés proyectaba la expedición como algo más que el simple sondeo que Diego Velázquez pretendía que ésta fuese, así como de que la idea que tenía de su propio papel pudiera ser radicalmente distinta del de simple receptor-transmisor de información que le había asignado el gobernador, no se hicieron esperar. Habla Bernal Díaz de que Cortés "mandó dar pregones y tocar trompetas y atambores en nombre de Su Majestad y en su real nombre Diego de Velázquez, y él por su capitán general, para cualesquier personas que quisiesen ir en su compañía a las tierras nuevamente descubiertas a las conquistar y poblar".⁴⁷ La contradicción entre el objetivo que anunciaban los pregones públicos y los términos de las Instrucciones del gobernador pudo ser considerada por Velázquez como una simple artimaña propagandística para atraer

gente a la expedición, o tal vez expresaba el propósito secreto del propio Velázquez. La importancia de este hecho es secundaria y parece que estos pregones no alarmaron en modo alguno a Velázquez hasta que se vieron acompañados por otros signos de naturaleza sospechosa y alarmante. La expedición había sido planeada por Velázquez sobre el mismo modelo que la de Grijalva, que constaba de sólo cuatro barcos. Pero poco después del nombramiento de Cortés, y como resultado directo de la actividad y diligencia de éste, empezó a ser evidente que los preparativos que se hacían para esta expedición desbordaban ampliamente los de cualquiera de las anteriores. La participación final de Cortés en la financiación de la empresa es todavía muy discutida y oscila entre los dos tercios del total de los gastos que le atribuye Montejo, los siete barcos que aportó, según Puertocarrero, y la mitad del capital en barcos y pertrechos que le atribuye Gómara. Fue, de acuerdo con todos los testimonios, una participación muy substancial, y Cortés utilizó su propia hacienda hasta endeudarse para equipar de ese modo la expedición.⁴⁸ A la vista de estos preparativos espectaculares y de los rumores y comentarios que recorrían la isla sobre el posible alzamiento de Cortés, "a quien todos juzgaban por muy varón en sus cosas", según le dijo a Diego de Velázquez su bufón Cervantes el Loco, el gobernador, que, según Díaz, "siempre temió dél que se le alzaría",⁴⁹ decidió atajar las sospechas y conjurar el peligro, destituyendo a Cortés de su cargo de capitán general de la expedición. Cortés, informado probablemente por alguno de los numerosos amigos que tenía en la corte de Velázquez, se adelantó a la destitución, ordenando el embarque antes de lo acordado y sin previo aviso al gobernador. Con esta acción, Cortés iniciaba su complejo proceso de liquidación de la autoridad de Velázquez, colocándose en una situación de obediencia formal y declarada, pero de rebelión de hecho.⁵⁰

La organización y aprovisionamiento de una flota de carácter totalmente excepcional constituyen el primer indicio indiscutible de que el proyecto que abrigaba Cortés no coincidía con el que le asignaba Velázquez. Basta comparar

los componentes de esta flota de 12 barcos y 600 hombres con los tres barcos y 110 hombres de la expedición de Hernández de Córdoba, o con los cuatro barcos de la de Grijalva, para darse cuenta de ello. Pero es posible que esta previsión de Cortés, además de ser el primer indicio indiscutible de su ambicioso proyecto, sea el único que se posee antes de su partida hacia tierra firme el 15 de Febrero de 1519. En sus negociaciones con Diego de Ordaz y Francisco Verdugo, en Trinidad, y con Pedro Barba, Cortés reafirmó una y otra vez su lealtad inquebrantable al mismo gobernador que quería destituirlo, y Bernal Díaz nos habla de las amorosas cartas que le enviaba Cortés a Velázquez, afirmando una obediencia que sus propios actos habían empezado ya a desmentir de forma inequívoca.

2. Estructuras ficcionales de justificación.

La primera mención que encontramos de la fiebre epistolar que caracterizaría a Hernán Cortés durante el resto de su vida se sitúa durante los tres meses de preparativos y en el contexto inmediato del primer momento de la rebelión. Nos la hace Bernal Díaz, quien además resume el contenido de esas primeras cartas definiendo su función. Desde Trinidad, dice Bernal que Cortés “escribió...muy amorosamente al Diego Velázquez que se maravillaba de su merced de haber tomado aquel acuerdo, y que su deseo es servir a Dios y a Su Majestad y a él en su nombre”. Poco más tarde, Bernal Díaz se refiere de nuevo a las cartas que envía Cortés al gobernador, esta vez desde la Habana, y muy poco antes de que se hicieran a la mar definitivamente, diciendo: “Y Cortés lo escribió al Velázquez con palabras tan buenas y de ofrecimientos, que lo sabía muy bien decir, e que otro día se haría a la vela e que le sería servidor”.⁵¹ Si aceptamos el resumen de Díaz, la función política de aquellas cartas era tranquilizar a Velázquez mientras Cortés completaba sus preparativos; y esta función se concretaba en la retórica de seducción a la que alude Díaz cuando se refiere explícita y

reiteradamente a su tono *amoroso* y a las *buenas palabras* “que Cortés sabía muy bien decir”. Pero la importancia de estas primeras cartas no reside sólo en el hecho de que introduzcan la funcionalidad de la escritura cortesina, concretada en sus dos vertientes fundamentales de justificación y seducción. En su reiterada insistencia en una obediencia de Cortés a Velázquez, que ha dejado ya de ser sustentada por ningún elemento de la realidad concreta para convertirse en la pura ficción que esas cartas articulan, encontramos algo que es como el primer eco anunciador de los procesos de profunda ficcionalización de la realidad que, bajo una estructura documental impecable, articularán el discurso narrativo de las *Cartas de Relación*. Estos procesos de ficcionalización se articulan en torno a dos ejes fundamentales: el de la transformación de la rebelión en servicio, y el de la transformación del rebelde en modelo. El primero organiza en buena medida la narración de las tres primeras cartas y concluye con el reconocimiento por parte del rey de la validez y legitimidad del proyecto de conquista de Cortés. El segundo es el más rico y complejo de los dos, y se desarrolla como eje central de la narración desde la primera hasta la última carta de relación.

Pero antes de pasar al análisis del proceso de ficcionalización y mitificación que se desarrolla en torno al primer eje de transformación, conviene examinar los rasgos centrales del marco estructural en el que se desarrolla ese proceso. Este marco es el de la carta de relación. La relación como género constituía en la época el punto de convergencia de la epístola y el documento legal. En tanto que epístola, o carta, narraba e informaba sobre aspectos múltiples de la realidad, describía, comentaba acciones y comportamientos, incluía reflexiones de su autor y de los que lo rodeaban. En tanto que documento legal, y no simple carta personal, se comprometía implícitamente a la veracidad de lo narrado. El concepto de *carta de relación* llevaba implícita la certificación del contenido y constituía una cierta garantía de su veracidad. Y dentro de las cartas de relación de Hernán Cortés, la garantía implícita de veracidad, que llevaba consigo la utilización

Contexto de relación = epístola + documento legal

de la forma oficial de la *relación*, se reafirmaría con el uso reiterado del adjetivo “verdadera” que acompaña casi siempre dentro de ellas el término “relación”. Tanto el uso de la carta de relación como forma elegida para narrar los sucesos de la conquista de México como la reiteración explícita del adjetivo persiguen el mismo fin: Con ellas se crea un marco pretendidamente objetivo y documental que garantiza ficticiamente la imparcialidad y veracidad del mensaje que se inscribe en él; y un texto en el que la elección de la forma funciona como garantía que pretende autorizar la naturaleza veraz del mensaje que expresa. Dentro del texto de cada una de las cartas, la conciencia que tiene el narrador del compromiso que implica la elección de esta forma de narración se dramatiza en una serie de incidentes que puntualizan su significado reafirmando la veracidad comprobada de todo lo que en ellas se narra. En la segunda carta, por ejemplo, el “hacer relación” de la naturaleza de los volcanes se presenta como algo posible sólo después de una exploración directa de los mismos. Dice Cortés: “Y porque yo siempre he deseado de todas las cosas de esta tierra poder hacer a vuestra alteza muy particular relación, quise de ésta, que me pareció algo maravillosa, saber el secreto, y envié diez de mis compañeros, tales cuales para semejante negocio eran necesarios, y con algunos naturales de la tierra que los guiasen, y les encomendé mucho procurasen de subir la dicha sierra y saber el secreto de aquel humo, de donde y como salía”. Poco después, dentro de la misma carta, Cortés la pide a Moctezuma que le permita examinar personalmente las minas de oro para que así pueda “hacer relación al rey”.

Los dos ejemplos citados tienen un elemento en común: señalan la observación directa como base necesaria del conocimiento —geográfico en este caso—, extendiendo implícitamente este criterio a todo lo que se narra en las cartas de relación de Hernán Cortés. Los escrúpulos de Cortés en el terreno geográfico —que no le permiten hablar de nada cuyo “secreto” no haya desvelado personalmente— se proyectan más allá de la materia geográfica para iluminar implícita-

mente el criterio selectivo de la narración, que pretenderá hablar únicamente de aquello cuya verdad ha sido comprobada.

La autorización del texto, concretada a nivel estructural en la elección de la forma de la relación y a nivel estilístico en la reiteración del elemento central que define esa forma con el uso del adjetivo *verdadera*, se completa así con un elemento común a gran parte de las crónicas del período: el testimonialismo como modo de autorización de la verdad de lo narrado. Para Bernal Díaz y Las Casas, entre otros, hay dos formas de narrar la conquista: Como testigo presencial de una acción en la que se puede o no haber participado, pero que en cualquier caso se conoce de primera mano; o como recopilador y narrador de los relatos de distintas personas que hayan presenciado unos hechos en los que el cronista no ha participado y que tampoco ha observado de forma directa. Desde el punto de vista del primer grupo de cronistas —el representado por Díaz entre otros—, la segunda opción es inaceptable, y la polémica entre Bernal Díaz y Gómara se centrará precisamente en esta cuestión. Para Díaz, lo que hace Gómara no es escribir historia siguiendo un método de información y composición diferente, sino “inventar” y “hacer borrones”. Falsa, equivoca fechas y cifras, exagera o disminuye méritos y el resultado es un “texto-borrón” sobre cuyo valor documental se pronuncia Díaz sin vacilar, diciendo: “Y habían de mandar borrar los señores del Real Consejo de Indias los borrones que en sus libros van escritos”.⁵² Las Casas coincide con Bernal Díaz en su condena del método de Gómara y de sus resultados. Lo acusa repetidamente de decir “falsedades” e “insolencias”, y atribuye ambas a su absurda pretensión de narrar cosas que ni siquiera vio. Dice Las Casas: Gómara que escribió la Historia de Cortés, que vivió con él en Castilla siendo ya marqués, y no vido cosa ninguna ni jamás estuvo en las Indias... compone muchas cosas en favor de él que, cierto, no son verdad”.⁵³ E insiste más adelante: “...dice el clérigo Gómara en su Historia muchas y grandes falsedades como hombre que ni vido ni oyó cosa de ella”.⁵⁴

Este rechazo de Díaz y Las Casas lleva implícita una defensa del modelo de narración testimonial⁵⁵ con exclusión de todos los demás. Esta se expresa estilísticamente en el caso de Las Casas con las continuas referencias explícitas a su conocimiento de primera mano de aquello y aquellos cuya historia narra: Se precisan lugares de encuentro, momentos y frecuencia del trato, y el grado de relación personal con cada uno de los personajes importantes, especificando una relación que va desde el conocimiento —por ejemplo en el caso de Cortés, cuyo padre, afirma Las Casas, “harto conocí”— pasando por la amistad, de Las Casas con Grijalva, por ejemplo, hasta el parentesco. En Bernal Díaz encontramos la misma insistencia en palabras o relaciones que indican el grado de proximidad del narrador con respecto a lo narrado, sólo que Díaz lleva esta identificación implícita entre lo presenciado y lo verdadero un paso más allá. Comienza por oponer el modelo historiográfico de Gómara al testimonial suyo, y acaba oponiendo una estética —la de Gómara— a la suya. La de Bernal se concreta en una identificación entre lo *bello* y lo *verdadero*. Es lo que se podría llamar una estética de la verdad y Bernal la formula de manera explícita cuando dice que “la verdadera pulicia e agraciado componer es decir verdad en lo que he escrito”.⁵⁶ Por oposición a ella, la estética de Gómara se caracteriza por una sustitución de la verdad documental por una bella forma retórica. Estas historias de “prólogo y preámbulo con razones y retórica muy subida”, como las llama Díaz, son inaceptables como relatos historiográficos para los cronistas que, como Bernal y Las Casas, no aceptan más conocimiento de la realidad que el que deriva de la experiencia directa. El argumento supremo de autoridad, invocado una y otra vez por estos dos cronistas para refutar la versión de los hechos presentada por Gómara o por otros cronistas como él, será que ellos *conocieron* a los personajes, *vieron* la acción o *participaron* en ella.

La narración de la conquista de México que ofrece Cortés en sus *Cartas de Relación* se ajusta perfectamente a este requisito de experiencia directa y éste se complementa con el

reconocimiento abierto de la existencia de un proceso de selección del material que se incluye en ellas. El criterio declarado es el “interés del rey” y, al declararlo, Cortés pone, aparentemente, las cartas sobre la mesa y revela su buena fe, reconociendo la existencia de un proceso de selección muy inocente que encubre otro mucho más profundo y complejo, cuya existencia no se subordina al interés real sino al del propio Cortés. La presentación testimonial refuerza la validez del mensaje que aparece encuadrado en un marco que, tanto por la relación del narrador con la materia narrada —participación y buena fe— como por la estructura formal de esa narración —la relación—, garantiza ficticiamente su veracidad. Ficticiamente porque, en aparente paradoja, el análisis de los procesos de ficcionalización que articulan la representación de la realidad de la conquista que nos ofrece Cortés revela que esa estructura formal insistentemente documental y objetivadora de sus cartas es una mera estrategia verbal con un fin político inmediato. En el contexto del “discurso de persuasión” de las tres primeras cartas, esa estrategia constituye el primer paso del desarrollo del proceso de ficcionalización de la realidad que se da en las *Cartas de Relación*. Cortés se proponía componer de forma extremadamente racional unos documentos persuasivos con una función política inmediata. Pero, al elegir narrar dentro del marco documental de la *relación* una versión personal y mitificadora de la conquista de México, Cortés rompe los límites del discurso de la “historia de verdad” y los vacía de contenido, convirtiendo sus formas en una convención literaria que es parte integrante de la estructura narrativa del discurso fundamentalmente ficcional que introducen y configuran.

La contigüidad y el entrelazamiento de formas documentales y ficcionales de narración dentro de un mismo texto no era un fenómeno nuevo en una época en la que en cierto modo expresaba — junto con una tradición narrativa ya establecida — aquella confusa línea divisoria entre realidad y fantasía a la que se refiere Irving A. Leonard.⁵⁷ Enlazaba con una tradición de crónicas que desde hacia varios siglos

combinaban, en proyectos historiográficos, lo fabuloso con lo real, lo ficcional con lo histórico y lo maravilloso con lo cotidiano. Crónicas generales, de sucesos particulares, de personajes notables, de viajes, o abiertamente fabulosas, en las que se pasaba sin transición ni aviso de lo factual a lo imaginario.⁵⁸ Haría falta, entre otras cosas, la combinación del éxito arrollador de las “historias mentirosas”, como se denominaron las novelas de caballería, con la reforma del pensamiento introducida por los escritos de Erasmo —reforma que perseguía lo inmoral y lo mentiroso como rasgos característicos de una literatura a extinguir, frente a las “historias verdaderas o de verdad”, que se identificaban con la literatura didáctica y moral— para que fuera tomando cuerpo la problemática de la necesidad imperiosa de distinguir entre fantasía y realidad y entre historiografía y ficción.⁵⁹ Pero a principios del siglo XVI, la estrecha contigüidad entre narración de hechos reales y relatos fantásticos o imaginarios no sólo no planteaba un problema sino que se resolvía con frecuencia con la equiparación implícita de unos con otros. La progresiva pérdida de separación entre lo real y lo imaginario había sido, en parte, introducida y facilitada por el desarrollo de la crónica. Irving A. Leonard ve en este carácter cada vez más ficcional de unos escritos que seguían presentándose como narración de hechos reales uno de los orígenes de esa progresiva confusión entre lo real y lo imaginario que culminaría en el triunfo de lo segundo que suponía la pasión colectiva por las novelas de caballerías. Dice Leonard: “De simples relaciones de hechos se volvieron con el tiempo cuentos ornamentados con detalles irreales, y con cada vez mayor número de elementos inventados, lo cual no les restó su prestigio de constancias auténticas...el libro es en realidad un trasunto de lo que ocurría en las viejas crónicas, con la adición de detalles, incidentes y características de la literatura de ficción que se había puesto ya en boga; pero, puesto que se trataba de un episodio histórico que le era familiar, el lector corriente no dudaba de su veracidad. De este modo, se facilitó la completa aceptación del libro de caballería que de una forma contemporánea acababa de

surgir”.⁶⁰

En el contexto de una tradición en la que la novela de caballería enlaza sin problema de continuidad con la crónica medieval y renacentista cuyas formas pseudo-historiográficas adopta, los procesos de ficcionalización de las *Cartas de Relación* de Cortés destacan por su sutileza y por su austeridad. Nada en lo escrito por Cortés permite suponer una trayectoria intelectual comparable a la de Fernández de Oviedo, que evolucionó desde la aceptación y traducción de novelas de caballería hasta el discurso historiográfico de su *Historia Natural de las Indias*.⁶¹ Ninguna representación de la realidad del Nuevo Mundo evidencia una ausencia tan consistente del elemento fantástico como la que nos da Cortés, y, después de un análisis detallado de sus cartas resulta imposible demostrar y difícil mantener la importancia que Irving A. Leonard atribuye, en el caso de Cortés, a la influencia de las novelas de caballerías como motor de su conquista de México y de sus exploraciones posteriores.⁶² Es probable que Hernán Cortés compartiera la afición a la aventura que expresaba colectivamente la popularidad inverosímil de que gozaron las novelas de caballerías. Pero la existencia de este rasgo, común a tantos hombres de su época, no presupone la aceptación del modelo fantástico de la literatura de caballerías ni implica una influencia de aquella formulación específica de la sed de aventuras de una época, que constituía tal literatura, en el proyecto y en las acciones de Cortés. Leonard concluye de la lectura de la cuarta *Carta de Relación* que “él y sus lugartenientes encabezaban expediciones cuyo principal propósito era localizar minas de oro y de plata y, desde luego, descubrir a las amazonas”,⁶³ e insiste más adelante en que “el principal de estos objetivos eran las amazonas”. Es cierto que en su *Carta de Relación* del 15 de Octubre de 1524 Cortés se refirió a las amazonas. Pero lo hizo repitiendo la relación que le había hecho a él Cristóbal de Olid, quien había escuchado la historia de labios de los señores de la provincia de Ciguatán. La supuesta localización de las míticas amazonas corresponde en el texto de la carta a los señores de Ciguatán; y la rela-

ción de su existencia y de las riquezas que poseen pertenece a Cristóbal de Olid. A Cortés le corresponden la *duda* y el proyecto de *verificación* lo cual es mucho más coherente con el racionalismo característico de su percepción habitual de la realidad que la aceptación de la existencia de un objetivo fantástico que le atribuye Leonard.

Es inútil intentar rastrear en las *Cartas* las huellas de la tradición literaria que desemboca en las “historias mentirosas”, como lo es también intentar revelar los procesos de ficcionalización que las articulan, relacionándolos con el supuesto modelo referente de esa literatura. La ficcionalización de las *Cartas* es de una naturaleza distinta, y el modelo de representación que éstas crean está casi tan alejado de esta tradición como del referente más próximo del discurso colombino. El discurso narrativo que crea Cortés en sus *Cartas* es cualitativamente distinto, y es posible afirmar que si alguna vez se ha levantado un discurso claramente ficcional sobre el más claro análisis concreto de la realidad concreta, éste es el de las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés.

El punto de partida del que he definido más arriba como primer proceso de ficcionalización de las *Cartas* —el que se articula en torno a la transformación de la rebelión en servicio— es la transgresión. Transgresión vacía de contenido en su momento inicial de desobediencia aparentemente injustificada, y que se define en relación con el orden establecido como simple amenaza y ruptura de ese orden. A lo largo de las tres primeras *Cartas* (es decir, hasta el momento de la aceptación implícita de la rebelión por el rey que le concede a Cortés los cargos de Gobernador y Capitán General de la Nueva España), Cortés irá caracterizando progresivamente esa transgresión y dotándola del contenido adecuado para poder transformarla en servicio. La primera fase de esa transformación se concreta en la caracterización del orden rechazado por Cortés y representado por Velázquez. Esta se inicia con la caracterización del propio Velázquez, sus móviles y sus acciones, caracterización que se irá haciendo extensiva al modelo colonial creado y representado

por Velázquez y otros como él.

El personaje de Velázquez aparece en las *Cartas* reducido a unos pocos rasgos cuyo significado e implicaciones hay que examinar en relación con el código de referencia implícito en las caracterizaciones de personajes que se dan en las *Cartas*: el de vasallaje. La caracterización de Velázquez se estructura sobre la negación o la ausencia de los rasgos centrales que deben caracterizar al vasallo ideal. Esta caracterización no se efectúa de manera directa —a través de juicios o descripciones del personaje— sino casi siempre de forma indirecta a través de sus acciones y de los móviles y objetivos que expresan. Perdida la primera *Carta de Relación*, fundamental a juzgar por el contenido de la *Carta de Justicia y Regimiento* que retoma su argumentación inspirada directamente por Cortés, hay que centrar el análisis de este punto en el resumen de ésta que da la segunda *Carta* y en el contenido de la segunda y tercera *Cartas de Relación* principalmente. El resumen puntualiza un rasgo: los intereses de Velázquez no se subordinan a los del rey ni se identifican con éstos, sino que se oponen a ellos. La acción que nos revela este hecho es la decisión de Velázquez de interceptar la nave que Cortés y los suyos envían al rey, con Puerto-carrero y Montejo como procuradores encargados de entregarle todo el oro y las joyas obtenidas hasta el momento —y no sólo el quinto obligado—, junto con la *Primera Carta* de Cortés y la de *Justicia y Regimiento*. Cortés no opina ni juzga. Sencillamente, expone: “tenían determinado de tomar un bergantín que estaba en el puerto, con cierto pan y tocinos y matar al maestre de él, e irse a la isla Fernandina a hacer saber a Diego Velázquez como yo enviaba la nao que a vuestra alteza envié y lo que en ella iba y el camino que la dicha nao había de llevar para que el dicho Diego Velázquez pusiera navíos en guarda para que la tomasen, como después que lo supo lo puso por obra, que según he sido informado envió tras la dicha nao una carabela y si no fuera pasada la tomara”.⁶⁴

Dentro del código del vasallaje, la actitud de Velázquez y de sus seguidores, que interfieren con el interés real en bene-

ficio propio, equivale a la traición. Equivalencia que la acción del propio Cortés confirma cuando declara que “vistas las confesiones de estos delincuentes los castigué conforme a justicia y a lo que según el tiempo me pareció que había necesidad y al servicio de vuestra alteza cumplía”.⁶⁵ Velázquez es un traidor, sus seguidores unos delincuentes, y Cortés administra la justicia en servicio del rey. La coherencia es impecable y, sin embargo, lo que está exponiendo Cortés es una pura ficción, como lo es, en relación con el contexto legal y político de la época, la fundación de la Rica Villa de la Veracruz y el nombramiento de Capitán y Justicia Mayor que su cabildo concede al propio Cortés. Fuera de la coherencia verbal del discurso de las cartas, coherencia que se basa, entre otras cosas, en la aceptación como premisa válida de lo que en realidad constituye la conclusión del silogismo y el objeto de demostración —la identificación de las acciones rebeldes de Cortés con la *legalidad*—, es Cortés el que ha actuado como traidor y delincuente; y la “justicia” que pretende administrar es sólo un acto más de rebelión contra esos supuestos “delincuentes y traidores” que, de hecho, son los representantes de la legalidad. El proceso de transformación de los representantes legítimos del poder real en delincuentes y traidores resulta en la creación de una representación totalmente ficcionalizada de la realidad, y el que esa ficcionalización adopte la forma insólita de la lógica aristotélica más impecable no altera su verdadera naturaleza.

El proceso de ficcionalización de la realidad que se concreta en la selección, reordenación y redefinición subjetiva de los elementos de la narración y de su significado, aparece en este primer ejemplo muy condensado por tratarse de un resumen. Pero dentro de la misma *Segunda Carta de Relación*, Cortés va a completar la caracterización de Velázquez y del orden que éste encarna a través de la narración de uno de los episodios más importantes de la conquista de México: la pérdida de Tenochtitlán. Las numerosas versiones que se conservan del desarrollo de los acontecimientos que culminaron en la Noche Triste se pueden separar en dos grupos

distintos: Las de los miembros del ejército de Cortés y las de los testigos indígenas. Las discrepancias entre unas y otras se centran fundamentalmente en dos puntos: La matanza del Templo durante la celebración de la fiesta de Toxcatl y la muerte de Moctezuma. Las versiones indígenas atribuyen la rebelión de los aztecas a la matanza ordenada por Pedro de Alvarado sin motivo alguno. El *Códice Ramírez* narra los hechos así: “Entretanto don Pedro de Alvarado que había quedado en México por su lugarteniente, rogó a Moctezuma que todos los señores sus vasallos hiciesen un *mitote* como sabían, galanos y sin armas, para ver la bizarría y grandeza del reino, el rey lo hizo así...y viniendo muy apuestos y lozanos etc., Pedro de Alvarado habiendo dejado alguna gente con Moctezuma de guarnición,...dió con la demás sobre los pobres danzantes y mató los más de ellos y los despojó del tesoro que sobre sí traían: de lo cual se sintió tanto la ciudad que por poco no perecieran aquel día”.⁶⁶ La misma presentación del acto de Alvarado encontramos en el *Códice Aubín*, aunque de manera mucho más sucinta: “Apenas ha comenzado el canto, uno a uno van saliendo los cristianos; van pasando entre la gente y luego de cuatro en cuatro fueron a apostarse en las entradas. Entonces van a dar un golpe al que está guiando la danza.... Entonces fue el alboroto general con lo cual sobrevino la completa ruina”.⁶⁷

La versión de los informantes de Sahagún corrobora las dos anteriores, haciendo hincapié en la descripción detallada de la crueldad con la que los soldados de Alvarado asesinaron a los mejores guerreros del ejército azteca, aprovechando la participación de éstos en las danzas rituales que prescribían que fueran desarmados: “...los españoles toman la determinación de matar a la gente.... Dispuestas así las cosas inmediatamente entran al patio sagrado para matar a la gente.... Inmediatamente cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales: dieron un tajo al que estaba tañendo: le cortaron ambos brazos. Luego lo decapitaron: lejos fue a caer su cabeza cercenada.... A algunos los acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierra dispersas sus entrañas. A otros les desgarraron la cabeza, enteramente

hecha trizas quedó su cabeza.... Todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos que aún en vano corrían: iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos.... La sangre de los guerreros cual si fuera agua corría: como agua se ha encharcado y el hedor de la sangre se alzaba al aire, y de las entrañas que parecían arrastrarse.... La razón de haberse irritado tanto los mexicanos fue el que hubieran matado a los guerreros sin que ellos siquiera se dieran cuenta del ataque, el haber matado alevosamente a sus capitanes".⁶⁸ Las versiones indígenas coinciden en presentar de forma más o menos explícita una misma interpretación del significado de la matanza: se trató de una encerrona premeditada para liquidar a los guerreros aztecas desarmados; y también coinciden en señalar esta matanza como la causa directa de la rebelión de la población de Tenochtitlán contra Alvarado.⁶⁹

Por el lado de los conquistadores, podemos contrastar la versión de Cortés con la de Bernal Díaz. Andrés de Tapia se encontraba en la expedición contra Narváez junto a Cortés y su relación termina con la victoria de Cortés y los suyos sobre el ejército de Narváez. Pero Bernal, que también se encontraba fuera de la ciudad de México con la misma expedición, recoge, junto con la versión de los emisarios de Moctezuma, la que oyó de Alvarado y sus compañeros al regresar con Cortés a Tenochtitlán. Su versión coincide en lo fundamental con las tres versiones de origen indígena citadas, pero difiere en algunos puntos de la interpretación de los hechos. "Vinieron cuatro grandes principales que envió el gran Moctezuma ante Cortés, a quejarse del Pedro de Alvarado, y lo que dijeron llorando muchas lágrimas de sus ojos, que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y sin causa ninguna dio en sus principales y caciques que estaban bailando y haciendo fiesta a sus ídolos Huichilobos y Tezcatépuca, con licencia que para ello les dio el Pedro de Alvarado, e mató e hirió a muchos dellos", dice Bernal, ofreciendo así una primera versión indígena de los hechos que completa enseguida, transcribiendo la versión que le dio a Cortés el propio Alvarado.

Según éste, los aztecas conspiraban contra Alvarado y, alentados por promesas de Narváez a Moctezuma y por la inferioridad numérica de los españoles después de la partida de Cortés, proyectaban atacar la fortaleza y liquidarlos a todos apenas concluyeran la celebración de la fiesta del dios Tóxicatl. De acuerdo con esta interpretación, la matanza que llevó a cabo Alvarado habría sido una agresión anticipada provocada por los planes de ataque de los aztecas, y lo único que hizo Alvarado fue adelantarse "a dar en ellos".⁷⁰ Las dos versiones que da Díaz coinciden con las indígenas en cuanto a la existencia de la matanza del templo, y la presentan también como causa directa de la rebelión de los aztecas y del sitio de la fortaleza; pero discrepan en cuanto a las causas de esa matanza, que para los indígenas fue un acto de agresión y crueldad traicionero y gratuito, y para los españoles un acto defensivo ante el ataque inminente de los aztecas.

Españoles e indígenas también discrepan en el otro punto fundamental de los acontecimientos que condujeron a la Noche Triste: la muerte de Moctezuma. Según Hernando Alva Ixtlixochitl, "dicen que uno de los indios le tiró una pedrada de la cual murió; aunque dicen los vasallos que los mismos españoles lo mataron y por las partes bajas le metieron una espada".⁷¹ El Códice Ramírez acusa todavía más abiertamente a Cortés y los suyos de la muerte de Moctezuma: "Finalmente viéndose el marqués con más de novecientos españoles y los amigos que tenía, determinó un caso que aunque le dio otro color, Dios sabe la verdad, y fue que el cuarto del alba amaneció muerto el sin ventura Moctezuma, al cual pusieron el día antes en un gran asalto que les dieran en una azotehuela baja para que les hablase con un pequeño antepecho, y comenzando de tirar dicen que le dieron una pedrada; mas aunque se la dieron no podían hacerle ningún mal porque había ya más de cinco horas que estaba muerto, y no faltó quien dijo que porque no le vieran herida le habían metido una espada por la parte baja".⁷² Bernal por su parte atribuye a la pedrada de sus súbditos su muerte y a Cortés la iniciativa de poner a Moctezuma en la azotea para que apaciguara a sus mexicas: "E viendo todo esto acordó

Cortés que el gran Moctezuma les hablase desde una azotea y les dijese que cesasen las guerras, e que nos queríamos ir de su ciudad...y le dieron tres pedradas, una en la cabeza y otra en un brazo y otra en una pierna; y puesto que le rogaban se curase y comiese y le decían sobre ello buenas palabras, no quiso, antes cuando no nos catamos, vinieron a decir que era muerto".⁷³ Y añade Bernal a la descripción del hecho el detalle del dolor y duelo de Cortés y los suyos, duelo muy verosímil aunque sólo fuera porque con la muerte del emperador prisionero se esfumaba lo que Cortés todavía consideraba uno de los peones decisivos para recobrar el control de la situación en Tenochtitlán.⁷⁴

Con algunas variaciones, todas estas versiones presentan un relato muy parecido de la secuencia de los hechos que desembocaron en la huida de la Noche Triste, y por eso mismo resulta todavía más llamativa la narración profundamente diferente que da Cortés de estos hechos en su segunda *Carta de Relación* y que corrobora nuevamente en el resumen del principio de la tercera. La ficcionalización de estos acontecimientos que se da en las cartas mencionadas resulta de dos procedimientos concretos: La selección del material, con supresión de todo lo que no sea asimilable al objetivo que se persigue —uno de cuyos elementos centrales es todavía la transformación de la rebelión en servicio— y la reelaboración cuidadosa del material seleccionado. Cortés selecciona los elementos de la narración suprimiendo dos incidentes absolutamente fundamentales: la matanza del templo perpetrada por Alvarado y los suyos, y la liberación de Cuitlahuac, hermano de Moctezuma. La importancia capital del primer incidente está clara en *todas* las versiones indígenas y españolas que lo presentan unánimemente como el incidente que desencadenó la rebelión. La del segundo fue igualmente decisiva, ya que implicaba la destitución del sumiso Moctezuma y la organización de la resistencia y del ataque azteca bajo el mando de un nuevo jefe guerrero y religioso. A la narración objetiva de unos hechos que, partiendo de la masacre de Alvarado y apoyándose en un grave error de Cortés, desembocarían en la pérdida de Tenochtitlán y de todo el

tesoro azteca, Cortés substituye una ficción articulada sobre la omisión de estos dos incidentes centrales, y según la cual los aztecas se habrían rebelado sin otra causa que la forzada ausencia de Cortés. En la versión de Cortés, lo que sucedió fue simplemente que "los indios les habían combatido la fortaleza por todas partes della, y puéstoles fuego por muchas partes y hecho ciertas minas, y que se habían visto en mucho trabajo y peligro y todavía los mataran si el dicho Moctezuma no mandara cesar la guerra; y que aun los tenían cercados, puesto que no los combatían, sin dejar salir a ninguno de ellos dos pasos fuera de la fortaleza".⁷⁵ Y en su tercera *Carta de Relación* vuelve sobre la misma versión, subrayando explícitamente la falta de motivo de la sublevación indígena: "y como sin causa ninguna todos los naturales de Culúa que son los de la gran ciudad de Temixtitán y los de todas las provincias a ella sujetas no sólo se habían rebelado contra vuestra majestad, mas aún nos habían muerto muchos hombres".⁷⁶

La ficcionalización del episodio, que se apoya, en primer lugar, en una omisión de dos hechos centrales, cuyo resultado es la transformación completa del carácter de ese desarrollo de acontecimientos que Cortés pretende relatar fiel y objetivamente en su "relación verdadera y particular", se completa con un segundo procedimiento de transformación ficcional: La reelaboración del material seleccionado. Cortés va seleccionando determinados incidentes que reelabora de acuerdo con la función que les ha asignado en su argumento. El resultado de esa reelaboración es, de nuevo, una versión ficcionalizada de los hechos históricos. Basta comparar como ejemplo las distintas versiones de la descripción de la llegada de Cortés y los suyos a la asediada fortaleza de Alvarado para verificar la existencia de este proceso de elaboración que complementa la selección inicial. Bernal narra esa llegada verídicamente, organizándola en torno al elemento histórico central: Las indagaciones de Cortés sobre las causas de la rebelión y las explicaciones y justificaciones de Pedro de Alvarado. Bernal cita las palabras textuales del juicio final que le mereció a Cortés la actuación de Alvarado

a quien le dijo “que era muy mal hecho e gran desatino”, y transcribe cuidadosamente las explicaciones de Alvarado sobre el incidente.⁷⁷ Cortés, por el contrario, creando su versión a posteriori y sobre la decisión previa de silenciar el incidente de la matanza, organiza su ficción en torno a la alegría del reencuentro con sus hombres, convirtiendo la desagradable escena de acusaciones y justificaciones narrada por Bernal en una idílica ilustración de la armonía, solidaridad y camaradería reinantes entre él y su ejército.⁷⁸

Cortés sigue el mismo procedimiento de reelaboración en su versión de la muerte de Moctezuma. Dice: “Y el dicho Moctezuma, que todavía estaba preso, y un hijo suyo con otros muchos señores que al principio se habían tomado, dijo que le sacasen a las azoteas de la fortaleza y que él hablaría a los capitanes de aquella gente y les harían que cesase la guerra. Y yo le hice sacar, y en llegando a un pretil que salía fuera de la fortaleza, queriendo hablar a la gente que por allí combatía, le dieron una pedrada los suyos en la cabeza, tan grande, que de allí a tres días murió”.⁷⁹ La alteración consiste aquí en atribuirle a Moctezuma la iniciativa del intento de pacificación —el aparentemente inocente “dijo” que inicia en esta versión toda la secuencia de acciones que desemboca en la pedrada mortal— y, al hacerlo, transfiere su propia responsabilidad por esta muerte a Moctezuma y sus súbditos. El resultado de esta transferencia de responsabilidades es nuevamente la ficcionalización de la narración que convierte una muerte —causada en gran medida por la ignorancia en que estaba Cortés del verdadero significado del nombramiento de Cuitlahuac y por la orden que le dio a Moctezuma de que saliera a hablar con sus súbditos⁸⁰ — en una iniciativa suicida de la que sólo Moctezuma es responsable, y en una agresión cuya culpa recae exclusivamente sobre los aztecas.

Los ejemplos de esas omisiones y reelaboraciones sobre los cuales Cortés va hilando su ficcionalización de la pérdida de Tenochtitlán son numerosos y hay que preguntarse qué propósito expresa esa transformación de la realidad. Las versiones de Díaz, el Códice Ramírez, etc., demuestran que

Cortés conocía perfectamente los hechos, que comprendía sus implicaciones y que, por lo tanto, las omisiones y reelaboraciones son deliberadas y calculadas y se subordinan a un plan general de transformación de la realidad. Sin duda, uno de los objetivos de esa transformación es una determinada caracterización de Cortés y de los suyos, y una desproblematización de sus acciones en la conquista y pérdida de Tenochtitlán. Pero el análisis detallado del texto de la segunda *Carta de Relación* revela que el objetivo central de esa ficcionalización es, en realidad, completar la caracterización de Velázquez y los suyos como traidores que amenazan el interés real, responsabilizándolos de forma exclusiva por la pérdida de Tenochtitlán y su tesoro. Demostrar en la caracterización de las acciones de Velázquez y sus consecuencias que aquél traicionaba al rey, sacrificando los intereses reales a los suyos propios, es la piedra angular de la transformación de la rebelión de Cortés en servicio. Presentar a Velázquez como verdadero responsable de la rebelión azteca y de la consecuente pérdida de Tenochtitlán y su tesoro equivale a demostrar de forma tangible esa traición y a justificar implícitamente la rebelión de Cortés, que pasa de ser transgresión del orden real y desobediencia a su gobernador, a presentarse como el servicio de un vasallo fiel alzado contra un traidor. Y hay un elemento estructural que viene a sumarse a los procedimientos de selección y reelaboración de los hechos analizados más arriba, para completar la caracterización ficcional de Velázquez como verdadero culpable de la pérdida de Tenochtitlán. Se trata del procedimiento de transposición temporal por el que Cortés intercalará, en el orden cronológico de la narración de los hechos, reflexiones y percepciones que en la realidad forzosamente correspondieron a un momento posterior. Sustentado por la ordenación cronológica del material —que crea la ilusión de que las cosas van sucediendo a medida que Cortés las narra— este procedimiento le permite al narrador convertirse en clarividente anunciador de las desastrosas consecuencias de las acciones de Velázquez y Narváez, preparando al lector para la metamorfosis final de ambos en *la* causa de la rebelión

“sin causa” de los aztecas.

En la narración de la llegada de Narváez a México y de sus contactos e intercambios con Cortés, éste continúa la línea de caracterización de Velázquez y los suyos que inició en la primera carta perdida y que resumió al principio de la segunda. El motivo de la expedición había sido, según esta versión de los hechos, la rivalidad de intereses entre Velázquez y el Rey: “...se habían movido con aquella armada y gente contra mí porque yo había enviado relación y cosas de esta tierra a vuestra Majestad y no al dicho Diego Velázquez ...y Velázquez hacía (la armada)...constándoles el daño y deservicio que de su venida a vuestra majestad podía redundar”,⁸¹ dice Cortés. Es el primer delito de traición — de acuerdo con el código de vasallaje que exigía la subordinación de todo interés personal al del rey — del que acusa en esta *Carta de Relación* a Velázquez, pero no es el último. Desoyendo las leales recomendaciones del siempre leal Cortés, Velázquez reitera su delito cuando incita a los naturales a la rebelión contra los españoles, mandándoles decir “que él le (a Moctezuma) soltaría y que venía a prenderme a mí y a todos los de mi compañía, e irse luego y dejar la tierra. Y que él no quería oro sino, preso yo y los que conmigo estaban, volverse y dejar la tierra y sus naturales de ella en su libertad”.⁸² El “deservicio” que resultaría de este segundo acto de traición es tan obvio que Cortés ni siquiera lo subraya. El tercer hecho que sostiene la caracterización ficcional de Velázquez como traidor es todavía más grave. Dice Cortés en su segunda *Carta de Relación* que Narváez “en nombre del dicho Diego de Velázquez venía contra nosotros a tomarnos por guerra, y que para ello estaba confederado con los naturales de la tierra, en especial con el dicho Moctezuma y sus mensajeros”.⁸³ Se trata ya aquí de un delito de alta traición, concretado en la identificación de Velázquez y los suyos con el bando de los aztecas, enemigo del rey y de sus “verdaderos” representantes. Paralelamente a este proceso de caracterización indirecta de Velázquez a través de la acción, la caracterización explícita y directa que de él y de los suyos hace Cortés se endurece progresivamente, yendo de “extran-

jeros” a “deservidores” para cerrarse con su presentación como “traidores y alevos y malos vasallos que se rebelaban contra su señor y quieren usurpar sus tierras y señoríos”.⁸⁴

Ante tanta traición y deservicio, Cortés sale de Tenochtitlán anunciando clarivamente que no osaba dejar la ciudad “con temor de que, salido yo de la dicha ciudad la gente se rebelase y perdiese tanta cantidad de oro y joyas y tal ciudad, mayormente que, perdida aquella era perdida toda la tierra”. Pero a la vista “del gran daño que se comenzaba a revolver” y de que “la tierra se levantaba a causa del dicho Narváez”, Cortés se ve forzado, en interés del rey, a salir y enfrentarse con Narváez, y éste aparece como responsable de la ausencia de Cortés de Tenochtitlán, así como de las consecuencias de dicha ausencia.

Toda esta narración, tan impecablemente estructurada después de los hechos, ilumina la subordinación de la ficcionalización de todo el episodio de la pérdida de Tenochtitlán a las necesidades de una caracterización de Velázquez y los suyos que justifique la rebelión de Cortés contra él. La omisión sistemática de todo aquello que divida la responsabilidad de esta pérdida entre el bando de Cortés y el de Velázquez responde al proyecto calculado de completar la caracterización de Velázquez como traidor, presentando el mayor desastre de la conquista de México como consecuencia directa de la sed de poder de Velázquez y de su reiterada traición a los intereses reales. Dando por sentada precisamente aquella legitimidad de la acción rebelde de Cortés que constituye el objetivo mismo de la demostración, éste crea una ficción en la que unos episodios se omiten, otros se reelaboran, y donde la supuesta caracterización objetiva de los dos personajes centrales culmina en una inversión total de los papeles respectivos. La coherencia y la lógica más impecable dan forma a este discurso fundamentalmente ficcional que, presentándose como veraz y objetivo al amparo de la forma de la “relación”, sustituye la exactitud de los hechos por una ficción subordinada a un proyecto previo de justificación. Dentro de esa ficción, se nos demuestra, a través de la ficticia lógica interna del discurso, que la rebelión de Cor-

tés contra un traidor como Velázquez se justifica y que no constituye una amenaza para el orden establecido, sino un servicio ejemplar al rey.⁸⁵

La primera fase del proceso de ficcionalización articulado en torno al eje de la transformación de la rebelión en servicio se centra pues en la descalificación de Diego de Velázquez como representante válido del Rey. En su segunda fase, ese proceso de transformación se centrará en la caracterización de la empresa rebelde de Cortés como inversión de todo lo que representan Velázquez y su proyecto de expansión colonial. De nuevo, la técnica de caracterización es una exposición aparentemente objetiva, que encubre un proceso de selección y elaboración de elementos clave. El narrador rara vez califica directamente una acción cuyo sentido modélico se irá desprendiendo “naturalmente” de sus propios resultados y de la oposición implícita a la caracterización paralela del proyecto y las acciones de Velázquez.

La falta de la pérdida primera *Carta de Relación* de Cortés es particularmente grave para el análisis de este punto, porque nos priva de la primera formulación directa que hizo Cortés de su rebelión como inversión del proyecto de Velázquez. Pero tanto la *Carta de Justicia y Regimiento* como la versión de Bernal Díaz y la de Andrés de Tapia recogen el mismo argumento de oposición de los dos proyectos: para todos ellos la oposición se centraba en el proyecto de *poblar* de Cortés frente al de *rescate* de Velázquez. Bernal Díaz llega a afirmar que las instrucciones de Velázquez decían explícitamente: “Desque hobieredes rescatado lo más que pudieredes, os volveréis”.⁸⁶ La *Carta de Justicia y Regimiento* completa la oposición con el objetivo de exploración del proyecto de Cortés, exploración que —se subraya— no fue llevada a cabo en las expediciones de Grijalva y los demás.⁸⁷

Con pequeñas variaciones, las distintas versiones directas de los hechos se centran en una diferencia de objetivos —rescatar vs. poblar— que expresa la oposición entre dos proyectos cualitativamente distintos. Es probable que, por razones de efectividad política a la hora de seducir a sus hombres, el propio Cortés redujera las diferencias entre ambos proyec-

tos a la de estos dos términos en los que se concretaba para los expedicionarios la diferencia entre las posibilidades de ganancia material de uno o otro. El de rescate ofrecía unos beneficios muy limitados, ya que la mayor parte de lo rescatado se entregaba al gobernador. El de poblar abría posibilidades de ganancia ilimitada, que se concretaban en el botín que se lograra en la guerra contra los naturales y en las tierras e indios que se recibieran como recompensa. El soldado de una expedición de rescate regresaba de ella cansado, a veces herido, pero rara vez recompensado por sus servicios. Las ganancias eran para el gobernador y para el capitán que recibía, en pago por sus servicios, oro y encomiendas. Los hombres de Cortés se referían a esta realidad en las discusiones que Bernal Díaz sitúa justo antes de la elección de Cortés como capitán y justicia mayor y, de la fundación de la Rica Villa de la Vera Cruz: “¿Pareceos señor bien que Hernando Cortés así nos haya traído engañados a todos, y dio pregones en Cuba que venía a poblar y agora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar y quieren que nos volvamos a Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido y quedaremos todos perdidos, y tomar se ha el oro Diego Velázquez como la otra vez? Mirá señor que habéis venido ya tres veces con esta postrera gastando vuestros haberes y habéis quedado empeñado, aventurando tantas veces la vida con tantas heridas; hacémoslo señor, saber porque no pase esto más adelante”.⁸⁸ Para todos aquellos hombres, la sustitución del proyecto que critican lúcida-mente en la cita anterior implicaba algo cualitativamente distinto de un simple aumento del botín: la posibilidad de transformación social del soldado en encomendero.

A lo largo de la narración de las *Cartas de Relación*, la vaguedad del término “poblar” se va a ir precisando y definiendo, a medida que Cortés desvela su proyecto de conquista e imperio como modelo de incorporación de las nuevas tierras cualitativamente distinto del que expresaba la realidad socioeconómica de la colonia. Durante las tres primeras *Cartas*, sin embargo, la presentación de la empresa de Cortés aparece fundamentalmente subordinada al primer

eje de ficcionalización, y se reduce a una inversión de los términos de la caracterización de Velázquez y su proyecto. Según aquélla, Velázquez y sus proyectos no se caracterizaban en relación con un proyecto de rescate sino con uno de *traición*. Consecuentemente, la caracterización ficcional del proyecto de Cortés no se centraría en su presentación como conquista sino en su definición como *servicio*. A la codicia e irresponsabilidad del primero corresponderán el desinterés, la generosidad y la previsión del segundo. Donde Velázquez reduce su relación con las nuevas tierras a enriquecerse con ellas sin preocuparse de su destrucción ni del daño que su actitud pueda acarrear para los intereses del rey que, como traidor que es, subordina siempre a los suyos propios, Cortés actuará siempre con desinterés total y generosidad ejemplar, movido exclusivamente por el afán de servir a su rey y sin esperar otra recompensa que la aceptación real de su voluntad de servir y de su deseo de engrandecer a su rey y señor con sus acciones. La presentación de todas las acciones que va seleccionando y destacando la narración de las *Cartas* de Cortés se subordina a esta definición de su empresa como servicio. Así, nos dice que el móvil que lo impulsa a detenerse en México, desobedeciendo a Velázquez, es el tener a Moctezuma “como súbdito a la real corona de vuestra majestad”, y leemos que la única razón por la que Cortés castigó a los partidarios de Velázquez y destruyó las naves fue “que no se estorbara el gran servicio que a Dios y a vuestra alteza se ha hecho”;⁸⁹ y que lo que impulsó a Cortés a dejar Tenochtitlán para enfrentarse a Narváez fue la protección del interés real.⁹⁰

La empresa de Cortés aparece en la presentación ficcional de las *Cartas* no sólo como servicio sino como servicio que no espera otra recompensa que el servicio mismo. En sus arengas a los soldados, Cortés afirma una y otra vez el *servir* como objetivo fundamental de la acción, y, poco antes de pasar al ataque contra Narváez, que, no hay que olvidarlo, representaba a Velázquez, al rey y el poder legalmente constituido, se expresa en estos términos: “Y visto que por ninguna vía podía yo excusar tan gran daño y mal, y que la

gente naturales de la tierra se alborotaban y levantaban a más andar, encomendándome a Dios y pospuesto todo el temor del daño que se me podía seguir, considerando que morir en servicio de mi rey, y por defender y amparar sus tierras y no las dejar usurpar, a mí y a los de mi compañía se nos seguía alta gloria, di mi mandamiento a Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, para prender al dicho Narváez”.⁹¹ La ficcionalización es completa si consideramos que el usurpador es Cortés y el servidor leal Narváez, pero lo fundamental del párrafo que acabo de citar es la identificación de la gloria con el servicio al rey, que se lleva hasta la muerte misma, en oposición implícita a la actitud de un Velázquez, que pone en peligro el interés real subordinándolo al objetivo primordial de engrandecer su propio poder y aumentar sus propios beneficios. En este contexto, ceder a las presiones de Velázquez no sería obediencia sino traición, y el desobedecerle pasa a ser un servicio más. El propio Cortés expresa con claridad esta conclusión lógica que se desprende de la ficcionalización previa de la caracterización de Velázquez, Cortés y sus proyectos respectivos dentro del discurso de las *Cartas*: “...y por ningún interés ni partido haría lo que él (Velázquez) me decía; antes yo y los que conmigo estaban moriríamos en defensa de la tierra, pues la habíamos ganado y tenido por vuestra majestad pacífica y segura, y por no ser traidores y desleales a nuestro rey”.⁹²

Dentro de la lógica interna, siempre impecable, de un discurso narrativo que caracteriza ficcionalmente a Velázquez y su proyecto como traidores al interés real, la conclusión es inescapable: la obediencia al gobernador se convierte en complicidad con un traidor y la rebelión contra él en la mejor forma de servicio al rey. La transformación de la rebelión en servicio, primer eje articulador de los procesos de ficcionalización de las *Cartas de Relación*, se ha completado. Queda, sin embargo, un último elemento ficcional de las *Cartas* destinado a reforzar esa transformación decisiva para la justificación del proyecto de conquista de Cortés. Se trata del providencialismo. Las invocaciones a Dios, la Virgen y toda la corte celestial —especialmente Santiago y San Pe-

dro—, son parte natural del lenguaje en un momento histórico en el que el desarrollo de los acontecimientos se ajusta, en la percepción de la mayoría, a un plan divino. A menudo, tales invocaciones no son más que un simple tic de lenguaje vaciado de contenido real, como es el caso con muchas de las que encontramos en la *Historia Verdadera* de Bernal Díaz y con algunas de las que aparecen en las *Cartas* y que equivalen al “Dios mediante”, “a Dios gracias” o “nos de Dios” del español actual. Junto a éstas encontramos, no obstante, otro tipo de invocación, nada mecánica y dotada de un contenido y una función muy específicos. Sobre estas últimas se apoya la presentación providencialista de la empresa de Cortés, último elemento ficcionalizador que aparece subordinado al proyecto de transformación de la rebelión en servicio. La función de esta estructura ficcional providencialista es presentar a Dios como aliado de Cortés frente a aztecas y seguidores de Velázquez por igual, y legitimar la empresa rebelde a través de la evidencia del apoyo y protección divinos con los que cuenta. En el encuentro con los enviados de Garay, poco después de la fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz, se manifiesta por primera vez esta protección divina de que parecen gozar Cortés y los suyos, cuando Dios impide el disparo de la escopeta que amenaza a uno de los capitanes de Cortés. Dice éste: “puso fuego a una escopeta y matara aquel capitán que yo tenía en la Vera Cruz sino que quiso Nuestro Señor que la mecha no tenía fuego”.⁹³ A partir de ahí, Cortés irá reafirmando la existencia de este apoyo, de forma muy explícita en cada una de las confrontaciones de importancia con los seguidores de Velázquez. Por ejemplo, cuando derrote a Narváez dirá que “todos fueron muy alegres porque así Dios lo había hecho y proveído”. E insiste: “porque si Dios misteriosamente esto no proveyera...”.⁹⁴

La misma explicación providencialista ofrece Cortés de sus más sonoras victorias contra los indígenas. En Tlaxcala dice que “...bien pareció que Dios fue el que por nosotros peleó, pues entre tanta multitud de gente, y tan animosa y diestra en el pelear, y con tantos géneros de armas para nos

ofender, salimos tan libres”, añadiendo que la victoria final fue “la que Dios nos había querido dar”.⁹⁵ En las peleas que preceden a la Noche Triste, puntualiza que él y los suyos cuentan con la “ayuda de Dios y de su gloriosa Madre”. En Otumba, dice Cortés, “pareció que el Espíritu Santo me alumbró” para explicar su propia previsión, y la batalla se decide a favor de los españoles porque “quiso Nuestro Señor mostrar su gran poder y misericordia con nosotros”.⁹⁶ Finalmente, cuando preparan el asedio a Tenochtitlán les llegan refuerzos de hombres y armas —que Cortés describe diciendo: “...milagrosamente nos envió Dios este socorro”— que tuvieron una importancia decisiva en la victoria que alcanzaron los españoles en la guerra “a la cual plugo a Dios dar conclusión”.⁹⁷

Con una modestia ejemplar, Cortés cede el mérito de algunos de sus más espectaculares triunfos militares a Dios, la Virgen y los santos. El resultado de esta humildad es, de nuevo, la transformación ficcional de la acción, que pasa a ser expresión de la voluntad divina en lugar de simple resultado del genio militar de Cortés y del valor de sus hombres. Esta transformación de la acción completa los procesos de ficcionalización que articula el eje de transformación de la rebelión en servicio y cumple con respecto a él una función fundamental. Porque en el contexto de una ideología que incorpora elementos medievales tanto como renacentistas y en la cual el concepto del origen divino de la monarquía supone la estrecha alianza entre el rey y Dios, la presentación de Dios como el aliado más fiel y constante de Cortés, y la de su empresa rebelde como acción favorecida y protegida repetidamente por la providencia, constituye la mejor forma posible de legitimación. Cortés no cuenta todavía con el apoyo del rey para su empresa, pero, una vez integrada su acción en la estructura providencialista que se acaba de analizar, este apoyo sólo podría ser denegado en oposición flagrante a la voluntad de Dios. La rebelión de Cortés, ya transformada en servicio dentro de sus cartas a través de la caracterización ficcional de Cortés, Velázquez y sus proyectos respectivos, se legitima definitivamente cuando, al apa-

recer enmarcada la acción en la estructura providencialista, la rebelión deja de ser resultado exclusivo de una decisión individual o colectiva para convertirse en expresión de la voluntad de Dios.

3. *La creación de un modelo.*

De los retratos oficiales, como el que se encuentra en el Hospital de Jesús, a los estilizados dibujos que se multiplican en los códices indígenas, las representaciones pictóricas que se conservan de Cortés componen una misma imagen en sus rasgos esenciales. Vemos a un hombre de gesto decidido, observamos la expresión entre irónica y soñadora, las piernas bien torneadas, la mano entre guerrera y virginal. Fijada en sus rasgos esenciales, es la imagen de un hombre pequeñito y cabezón, de mirada despierta y aspecto delicado. El detalle convencionalizado de la representación no ofrece mayor información, y hay que volverse hacia los textos de sus contemporáneos en un primer intento de profundizar en el retrato del conquistador.

Las Casas, que mostraba una falta de objetividad considerable en los mil modos en que procuraba disculpar y justificar las acciones y percepciones del Almirante, a quien presentaba en los términos más elogiosos posibles, está muy lejos de adoptar la misma actitud benévola con respecto a Cortés. De todas las caracterizaciones contemporáneas de Cortés, la suya es la más negativa. En la *Historia de las Indias*, Cortés aparece retratado como un puro oportunista que se limita a utilizar todo y a todos para lograr sus propios fines. El único mérito que le reconoce es el de “ser latino porque había estudiado leyes en Salamanca y era en ellas bachiller”. Por lo demás, los rasgos que componen la caracterización son todos negativos. Según Las Casas, Cortés era “hablador y decía gracias”, de lo cual se apresura Las Casas a deducir que no tenía la suficiente discreción para ser un buen secretario. Era “astutísimo”, “resabido” y “regatado”: mezquino, falso, desagradecido, codicioso, y de origen

“harto humilde”.⁹⁸ Por otra parte, el retrato de Hernán Cortés que emerge de la relación de Andrés de Tapia, uno de los miembros de la expedición rebelde de éste, tiene muy poco que ver con la negativa caracterización de Las Casas. A través de sus arengas y acciones, así como de los comentarios del propio Tapia, Cortés se presenta en esta relación como un hombre excepcional y “muy bien quisto de la gente”. En la versión de Tapia, Cortés es inteligente, valiente, justo, buen político, posee un gran genio militar y es muy popular entre sus hombres.⁹⁹

Queda el retrato de Bernal Díaz, quien, como siempre, ofrece la descripción más detallada y sabrosa del personaje. El retrato de Díaz es exhaustivo —se propone decir la “proporción e condición de Cortés”— y expresa una profunda admiración por las cualidades de todo tipo que le atribuye a Cortés. Comienza con la descripción física que lo caracteriza así: “Fue de buena estatura e cuerpo, e bien proporcionado e membrudo, e la color de la cara tiraba algo a cenicienta, y no muy alegre, e si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera, y era en los ojos en el mirar algo amorosos e por otra parte graves; las barbas tenía algo prietas e pocas e ralas, e el cabello, que en aquel tiempo se usaba, de la misma manera que las barbas, e tenía el pecho alto e la espalda de buena manera, e era cenceño e de poca barriga y algo estevado, y las piernas e muslos bien sentados: e era buen jinete e diestro de todas armas, así a pie como a caballo e sabía muy bien menearlas, e, sobre todo corazón e ánimo, que es lo que hace al caso”. Esta primera descripción, que se centra en el aspecto físico, la va completando Bernal con gran cantidad de información de primera mano sobre la personalidad de Cortés. De acuerdo con él, Cortés era “travieso sobre mujeres” y como consecuencia de ello “se acuchilló algunas veces con hombres esforzados e diestros e siempre salió con vitoria”. Era austero y poco aficionado a la ostentación, pero “en todo daba señales de gran señor”. Era aficionado a las letras y culto: “latino...bachiller en leyes, y algo poeta”, en palabras de Bernal. Era “el primero” a la hora del trabajo y, en las batallas, nos dice Díaz, “siempre...le vi que entraba en

ellas juntamente con nosotros". Buen guerrero, muy esforzado, precavido, osadísimo y "muy de razón", aunque, subraya Bernal, "extremadamente porfiado". Bernal concluye su retrato con una referencia a la afición de Cortés por los juegos: "No quiero decir de otras muchas proezas e valentías que vi que hizo nuestro marqués...e volveré a decir de su condición que era muy aficionado a juegos de naipes e de dados".¹⁰⁰

Sin embargo, la larga y detallada descripción del personaje de Cortés que nos ofrece Bernal Díaz en su *Historia Verdadera* resulta apenas menos esquemática y simple que los retratos y caracterizaciones citados más arriba, si la comparamos con la extraordinaria complejidad del personaje que emerge de las *Cartas de Relación* del propio Cortés. La caracterización del personaje de Cortés como héroe y modelo no es un aspecto marginal del discurso narrativo de las *Cartas*. La transformación del Cortés-rebelde en el Cortés-modelo articula el proceso de ficcionalización más importante del discurso narrativo de las *Cartas* y constituye uno de los fines inmediatos fundamentales de dichas *Cartas*. La importancia estructural de dicha caracterización reside en que ese modelo en el que se va convirtiendo Cortés, a través del proceso de ficcionalización y mitificación de su figura que se desarrolla en las *Cartas*, es el punto de enlace entre la justificación de la rebelión —primer objetivo de la ficcionalización de la realidad de la conquista en las *Cartas*— y la formulación del proyecto político de Cortés, que constituye su meta final. Los rasgos específicos de la caracterización ficcional del personaje se subordinan en este contexto a las funciones complejas que éste debe cumplir, y que van desde la necesidad de tranquilizar al rey, afirmando la subordinación de Cortés a su poder y autoridad, hasta la voluntad de garantizar la validez del proyecto que se presentará implícitamente como proyección de la calidad modélica de aquél que lo formula. El desarrollo de la caracterización ficcional del personaje de Cortés en las *Cartas* presenta dos fases bien definidas. La primera se identifica con el proceso de mitificación progresiva de la figura de Cortés y culmina en la ter-

cera *Carta de Relación* con la caída de Tenochtitlán. La segunda está constituida por un proceso de paulatina humanización y problematización del mítico Cortés creado en las primeras tres *Cartas* y culmina en los desastres de la expedición a Honduras que se narran en la *Quinta Carta*. El hecho de que la mayor intensidad del proceso de ficcionalización del personaje corresponda a las tres primeras *Cartas* —es decir, al período anterior a la aceptación y reconocimiento por parte del rey de los méritos de Cortés y de la legitimidad de su conquista de México—, subraya una vez más el carácter perfectamente deliberado de los procesos de ficcionalización que se dan en las *Cartas*, así como su subordinación a unos objetivos muy políticos y nada literarios.

Ideológicamente, la caracterización ficcional del personaje de Cortés aparece anclada en la convergencia de la concepción del mundo medieval con la renacentista, convergencia que caracteriza en España el período histórico en el que se produce. La concepción medieval del mundo se manifiesta dentro de las cartas en lo que podríamos llamar el código de representación feudal, que se concreta en dos aspectos fundamentales de la transformación de Cortés en modelo: el de vasallo y el de cristiano. La concepción renacentista, por otra parte, se expresa en la selección misma de los rasgos que caracterizan a Cortés como el jefe excepcional que exige su proyecto de conquista de México y en los términos de ese proyecto. Y en la formulación implícita de una filosofía política que elige la razón como instrumento privilegiado de conocimiento y que afirma que el fin justifica los medios.¹⁰¹ El punto de partida de la ficcionalización del personaje es la figura del rebelde. La transformación ficcional de este rebelde en héroe se inicia —perdida su primera *Carta de Relación*— con la narración escueta de la destrucción de las naves que hace Cortés al principio de la *Segunda Carta*. El rebelde que adoptó una medida defensiva para protegerse del castigo que merecía legalmente su rebelión se convierte en el relato en el jefe previsor, capaz de actuar en la forma necesaria para asegurar el éxito de una empresa que aparece definida como "gran servicio" al rey. Es

el primer momento de la metamorfosis que se va a ir confirmando a lo largo de las cuatro *Cartas de Relación*. A partir de ahí, la selección y reelaboración del material narrativo se ve subordinada a la necesidad de caracterizar a Cortés como suma de los rasgos objetivamente necesarios para llevar a cabo con éxito el proyecto de la acción. Y cualquier elemento que no resulte funcional de acuerdo con este criterio de selección tendrá que ser eliminado.

La técnica de caracterización ficcional del personaje enronca directamente con el modelo literario de la épica. Basta comparar el personaje del Cid con el héroe de las *Cartas* para observar que ambos son producto de una análoga estrategia narrativa. Ambos expresan en los elementos concretos de su caracterización la suma de cualidades objetivamente necesarias para realizar con éxito el proyecto que persigue la acción, pero el proyecto es diferente. En el caso del Cid, se trataba de liquidar la fragmentación del poder característica de un orden feudal, subordinándolo al modelo de una monarquía centralizada. En el caso de Cortés, el objetivo es la conquista de un nuevo reino y la integración de un proyecto político personal de signo reformista dentro de la estructura existente del imperio cristiano que preside la figura del monarca absoluto. El proyecto del Cid aparecía anclado en la ideología de la reconquista, que expresaba la concepción del mundo propia de la España medieval. El de Cortés se presenta, a través de los rasgos que integran la caracterización ficcional del personaje, como la expresión misma de la filosofía política del Renacimiento. Cortés no pudo leer *El Príncipe* de Maquiavelo antes de escribir sus *Cartas de Relación*, ya que, aunque Maquiavelo las escribió en prisión alrededor de 1513, la primera edición de la obra no se publicó hasta después de su muerte, en 1532. Sin embargo, la caracterización ficcional de Cortés que presenta el discurso narrativo de las *Cartas de Relación* se levanta sobre los mismos elementos centrales que articulan la formulación de la filosofía renacentista que Maquiavelo llevó en *El Príncipe* a sus últimas consecuencias.

Arnold Hauser observa, con razón, que Maquiavelo no

inventó el maquiavelismo y que años antes de que éste escribiera su obra, Italia estaba ya gobernada por unos príncipes que eran maquiavélicos poco menos que desde la cuna. El mérito fundamental de Maquiavelo fue su capacidad de formular de forma coherente y sistemática una filosofía que partía de la separación entre política y principios cristianos, y que constituiría la base del realismo político del Renacimiento.¹⁰²

Nada hay pues de sorprendente en el hecho de que Cortés encarnara en muchas de sus acciones la concepción política formulada por Maquiavelo. Henry R. Wagner afirma que “aunque Cortés no imitase a César Borgia, estaba inconscientemente duplicando su trayectoria”,¹⁰³ y pasa a explicar esa inconsciente duplicación en términos del común origen español de ambos personajes. El parecido que pudiera haber entre Cortés y Borgia, o cualquier otro gran político del Renacimiento, resultaba, no obstante, del hecho de que ambos compartían elementos centrales de aquel realismo político que formularía Maquiavelo en su *Príncipe*, y no de una nacionalidad común. Pero en el caso de Cortés es imposible relegar, como propone H. Wagner, esa filosofía del realismo político, implícita en sus actos y escritos, al espacio del subconsciente. Su capacidad de formular racionalmente los elementos centrales de una filosofía que se adecuaba exactamente a las necesidades de la época lo separa de la multitud de príncipes a que alude Hauser y lo convierte en predecesor de la formulación de Maquiavelo. Esa capacidad de análisis concreto de una realidad concreta sobre la que se levanta la formulación de la filosofía del racionalismo político del Renacimiento es la misma que está en la base de los términos específicos de la caracterización de Cortés como modelo. El héroe de las *Cartas*, no enlaza, a través de los rasgos particulares que componen, su caracterización con los personajes de las novelas de caballería —cuyas acciones todo conquistador quería emular, según Irving A. Leonard. La visión de sí mismos que tuvieron muchos conquistadores tenía sus raíces probables en los modelos caballerescos, pero en esto fue Cortés una notable excepción. Leonard se

asombra de que no haya más referencias en sus cartas a elementos fantásticos y personajes caballerescos como los que aparecen alguna vez en la *Historia Verdadera* de Bernal Díaz, por ejemplo. Pero la lectura de las *Cartas de Relación* y de otra correspondencia de Cortés demuestra con claridad que la importancia de los modelos caballerescos fue, en su caso, deleznable. Los escritos de Cortés no nos lo muestran como un *imitador* de modelos sino como un *creador* de ellos: con la puntualización de que las raíces de esta creación no están nunca en el terreno de lo fantástico o en modelos literarios preexistentes, sino en el análisis racional de la realidad objetiva. Colón ficcionalizaba la representación de la realidad americana para identificarla con un modelo imaginario preexistente. Cortés, por el contrario, partió de un análisis racional de la realidad y de la situación objetiva en que se encontraba para crear en sus *Cartas* el héroe que era la encarnación misma de la filosofía política de su época. La ficcionalización del discurso colombino se basaba en un proceso de reducción y desvirtuación. La del discurso narrativo de las *Cartas* expresa, por el contrario, un proceso de análisis racional y de profunda comprensión de la realidad histórica y política de su tiempo.

El primer aspecto de la caracterización es el de *guerrero y militar*. Corresponde a una de las funciones principales que Cortés debía desempeñar en el proceso de ocupación y conquista del imperio de Moctezuma, y enlaza con uno de los aspectos fundamentales de la caracterización del príncipe renacentista que haría Maquiavelo. Dice éste textualmente: “Un príncipe no debe tener otro objeto, otro pensamiento, ni cultivar otro arte más que la guerra, el orden y la disciplina de los ejércitos porque es el único que se espera ver ejercido por el que manda. El príncipe que carece de esta ciencia práctica no posee el primero de los talentos necesarios a un capitán porque ella enseña a hallar al enemigo, a tomar alojamiento, a conducir los ejércitos, a dirigir las batallas, a talar un territorio con acierto”.¹⁰⁴ Desde la narración del episodio de la destrucción de las naves que el narrador convierte, a posteriori, de medida defensiva contra las seguras

represalias de Velázquez en ejemplo de clarividencia, la previsión es el primer rasgo que caracteriza a Cortés como genio militar. La presentación del personaje como modelo de previsión se logra atribuyéndole en todos los éxitos de la acción la capacidad de anticipar con exactitud los movimientos del enemigo. Simultáneamente, se transforman o eliminan de la narración todos aquellos incidentes en los que la imprevisión de Cortés ha tenido consecuencias negativas para el desarrollo de la conquista. Uno de los ejemplos más claro de este proceso de eliminación y transformación lo constituye el episodio del derrocamiento de los ídolos del Templo Mayor.

En él Cortés presenta su decisión de destruir los ídolos del Templo Mayor de Tenochtitlán como una decisión apropiada a la situación de los españoles, cuyos resultados son inmediatos y, naturalmente, positivos. Dice Cortés: “Los más principales de estos ídolos y en quien ellos más fe y creencia tenían, derroqué de sus sillas y los hice echar por las escaleras.... Y el dicho Moctezuma y muchos de los principales de la ciudad dicha estuvieron conmigo hasta quitar los ídolos y limpiar las capillas y poner las imágenes, y todo con alegre semblante, y les defendí que no matasen criaturas a los ídolos como acostumbraban.... Y de ahí en adelante se apartaron de ello y en todo el tiempo que yo estuve en la dicha ciudad nunca se vió matar ni sacrificar criatura alguna”.¹⁰⁵ Pero el relato de Bernal Díaz, mucho más coherente con el desarrollo posterior de los acontecimientos que culminaron en la Noche Triste, destruye esta idílica presentación del episodio y de sus consecuencias. De acuerdo con Bernal, la provocación de Cortés se basó en un error de cálculo sobre la solidez de la situación de los españoles en Tenochtitlán —situación que se veía aun más debilitada por la llegada de las fuerzas de Narváez a Veracruz— y sus consecuencias fueron negativas desde el principio. El acto de provocación de Cortés desencadenó una reacción inmediata de indignación entre los aztecas, que respondieron enviando un claro ultimátum a Cortés y los suyos: “y fue que como habíamos puesto en el gran cu, en el altar que hicimos, la imagen de Nuestra Señora y la Cruz, y se dijo el santo Evangelio e misa,

parece ser que los Vichilobos e el Tezcatepuca hablaron con los papas y les dijeron que se querían ir de su provincia, pues tan mal tratados son de los teules...e que se lo dijesen a Moctezuma y a todos sus capitanes que luego comenzasen la guerra y nos matasen...el gran Moctezuma envió llamar a Cortés...y dijo el Moctezuma: “Oh señor Malinche e señores capitanes: cuanto me pesa de la respuesta y mando que nuestros teules han dado a nuestros papas e a mí e a todos mis capitanes, y es que os demos guerra y os matemos e os hagamos ir por la mar adelante, lo que he colegido de ello, y me parece que antes que encomiencen la guerra, que luego salgáis de esta ciudad y no quede ninguno de vosotros aquí; sino mataros han; e mira que os va las vidas”.¹⁰⁶

La importancia de esta transformación ficcional del episodio en la *Segunda Carta* es fundamental. De acuerdo con ella, Cortés aparece caracterizado como hombre previsor que mide bien sus fuerzas y evalúa bien la situación antes de llevar a cabo una acción cuyas consecuencias positivas ha previsto. El resultado ficcional de su acto es la consolidación del orden, la erradicación del sacrificio y el aumento de la autoridad de los españoles. Pero la realidad fue muy distinta, a juzgar no sólo por Bernal sino también por los acontecimientos posteriores. La partida de Cortés hacia la costa para enfrentarse a Narváez aparecía dentro de la *Segunda Carta* como un acto razonable, lleno de previsión y bien calculado; y el abandono de Tenochtitlán, dejando sólo una fuerza defensiva de apenas 100 hombres era un acto heroico pero no temerario, ya que —dice Cortés— la ciudad quedaba pacífica y segura, y los hombres de Alvarado bastaban para mantener una plaza en la que no había ni asomo de rebelión por parte de unos indígenas que acataban felices la autoridad de los españoles. Pero en el contexto histórico real de una ciudad cuyos habitantes habían expresado ya claros propósitos de rebelión, a través de un ultimátum cargado de amenazas e inspirado por sus dioses, el heroísmo de Cortés se convierte en acción desesperada, su previsión se vuelve muy cuestionable, y la desastrosa agresión de Alvarado en el templo recobra su sentido real como expresión de angustia y

temor ante una situación que se hacía cada día más insostenible. El resultado real de la provocación de Cortés no fue la consolidación de la obediencia azteca, sino el inicio de la rebelión. La situación entre el incidente del derrocamiento y la partida de Cortés hacia la costa no era de paz, como implica Cortés en su versión de los hechos, sino de gran inquietud e inseguridad. “Digamos cual andábamos todos en aquella gran ciudad, tan pensativos, temiendo que de una hora a otra nos habían de dar guerra, e nuestros naboríes de Tascalala e doña Marina así lo decían al capitán: y el Orteguilla el paje de Moctezuma, siempre estaba llorando, y todos nosotros muy a punto...porque de día ni de noche no se nos quitaban las armas, gorjales y antipares y con ello dormíamos”, dice Bernal Díaz, resumiendo de forma muy expresiva la situación real en la que se encontraban los españoles en Tenochtitlán, como consecuencia del incidente del Templo Mayor.¹⁰⁷

Subordinada a la caracterización de Cortés como modelo de previsión, la narración del episodio en las *Cartas* ficcionaliza el incidente concreto, convirtiéndolo de impulso irreflexivo en acto previsor, y, simultáneamente, transformando sus consecuencias, que se presentan como positivas, y eliminando de la narración toda la conflictividad de un acto que estaba en el origen mismo de los acontecimientos que culminarían en la derrota de la Noche Triste y en la pérdida de Tenochtitlán. Esta transformación o eliminación de elementos se completa con el procedimiento de atribución de una clarividencia casi profética que ya se había señalado en la sección anterior. Antes de cada batalla, Cortés supone, ve y anticipa todo aquello que va a darles la victoria a los españoles. Su ejército es invulnerable a las emboscadas porque él siempre va “sobre aviso”; los ataques sorpresivos tlaxcaltecas se estrellan contra la defensa mejor organizada porque Cortés prevé la improbable posibilidad del ataque nocturno que les han aconsejado a éstos sus hechiceros: en Otumba, la previsión inspirada por el Espíritu Santo, con quien Cortés parece dispuesto a compartir, por esta vez, la gloria, determina la salvación del ejército que se veía amenazado por la

destrucción total; y, finalmente, en la reconquista de Tenochtitlán que se narra en la *Tercera Carta de Relación*, la previsión de Cortés se presenta como factor fundamental de salvación colectiva y como base de los más rotundos triunfos militares.

El segundo rasgo que compone la caracterización de Cortés como guerrero y militar modélico es el valor. En el contexto del discurso de las *Cartas*, el valor extraordinario que caracterizaba a Hernán Cortés en los testimonios de sus contemporáneos, empezando por los de sus propios soldados, alcanza unas dimensiones míticas. La caracterización parte del valor personal implícito en una decisión como la de alzarse con las naves de Velázquez o la de adentrarse en una tierra desconocida con un puñado de hombres, para acabar presentando el valor de Cortés como dimensión sobrehumana y como elemento decisivo en los momentos claves del desarrollo de la acción de la conquista. La ficcionalización se concreta, en el caso del valor, en la presentación del valor personal indiscutible de Cortés como *único* elemento determinante del éxito de la empresa, con exclusión de todos los demás. Esta ficción se apoya de manera decisiva en el uso frecuente —y, en algunos episodios, sistemático— de la primera persona del singular, que sustituye en la narración a la mucho más real primera persona del plural. En la narración de las guerras contra los tlaxcaltecas, por ejemplo, el uso que hace de la primera persona singular transforma el sentido de la acción, cuyo éxito aparece como resultado exclusivo del valor sobrehumano de Cortés: “les hice mucho daño sin recibir de ellos ninguno” —dice éste— “les quemé cinco o seis lugares pequeños...les quemé más de diez pueblos...pelearon conmigo los del pueblo...di sobre dos pueblos en que maté a mucha gente”, añade. Y en las batallas que preceden a la Noche Triste, de nuevo es el valor de Cortés el que salva constantemente la situación...“y cabalgué a la mayor prisa que pude y corrí por toda la calle adelante con algunos de a caballo que me siguieron y, sin detenerme en alguna parte, torné a romper por los dichos indios y les torné a tomar las puentes y fui al alcance de ellos hasta la tierra

firme”.¹⁰⁸ Los compañeros de Cortés se limitan a “seguirle” mientras él parece ser, con valor y determinación sobrehumanos, el único guerrero sobre el que recae el peso de la acción del combate. Este procedimiento de ficcionalización del valor se repite de manera constante a lo largo de la narración de la retirada de la Noche Triste y del repliegue que culmina en la batalla de Otumba; y vuelve a aparecer en muchas de las acciones importantes de la reconquista de Tenochtitlán.

El uso de la primera persona singular crea en la narración una separación ficticia entre Cortés y el resto de sus hombres. Cortés aparece aislado, y el peso de la acción pasa a recaer exclusivamente sobre él, que la resuelve favorablemente en cada caso por medio de una cualidad específica. En este caso, la cualidad es el valor, pero en otros momentos de la caracterización puede ser la diplomacia, la persuasión, la astucia o la violencia, que aparecerá así justificada. En el caso del valor, la primera persona utilizada de este modo no sólo proyecta el valor de Cortés más allá de los límites de lo humano, sino que crea simultáneamente una ilusión de invulnerabilidad que indica un proceso de clara mitificación del personaje.

La presentación de Hernán Cortés como táctico y estratega excepcional constituye el tercer rasgo de su caracterización como modelo de guerrero. La presentación de Cortés como modelo en lo que Maquiavelo llamaba la ciencia de la guerra se concreta, en primer lugar, en una transformación de la realidad americana que convierte los ríos y valles, las montañas y llanuras de la geografía de México, los pueblos, las calles y las plazas del complejo imperio azteca, en un gigantesco objetivo militar. Esta presentación de la realidad, que reduce analíticamente sus elementos concretos a los objetivos estratégicos relevantes, se da con frecuencia en la *Segunda Carta*, y en la tercera pasa a ser casi la única forma de representación de la realidad. En esta última, el código de representación del descubridor, que organizaba en la *Segunda Carta* la descripción de los dominios de Moctezuma, relacionándolos con otros objetivos representativos de la fiebre

exploradora del Renacimiento (Africa, Asia) o del botín de la reconquista (Sevilla, Granada), es sustituido casi totalmente por un código de representación exclusivamente militar. La belleza, que se identificaba en el primero con riqueza, cultura y refinamiento, pasa a identificarse con el triunfo militar en la *Tercera Carta*, donde lo hermoso es *pelear* y donde las mismas ciudades descritas en términos estéticos y culturales en la *Segunda Carta* se transforman en simples objetivos militares.

Esa transformación del México fabuloso de las primeras *Cartas* en un México que aparece como suma de los objetivos tácticos que articulan la estrategia general de su reconquista, acredita en la narración el talento de Cortés como estrategia excepcional. Su capacidad de planear la acción de su reconquista con la apertura de la vía de retirada hacia el mar, que se asegura con la fundación de Tepeaca, la construcción de los bergantines, y la táctica de cegar las puentes en el avance hacia el centro de Tenochtitlán, confirman este aspecto de la caracterización. Pero, al igual que en el caso de la caracterización del héroe en función de su valor excepcional, la ficcionalización no estriba en este caso en la atribución del rasgo sino en el modo en que esta atribución se hace dentro de la narración. Cortés no es sólo un buen estratega y táctico, sino el prototipo y modelo de ellos, y, dentro del contexto de las *Cartas*, el único. Bernal Díaz protesta indignado contra la exclusividad con la que Gómara atribuye determinadas cualidades a Cortés en su *Historia*. El mismo proceso encontramos en las *Cartas*, donde el héroe planea, prácticamente siempre solo, una estrategia infalible. El éxito en la acción se presenta como resultado exclusivo de la estrategia concebida por Cortés y las iniciativas que se apartan de ella conducen inevitablemente al fracaso —como demuestran cada uno de los pocos fracasos que no elimina Cortés de la narración de las *Cartas* y que aparecen sistemáticamente explicados en función de una iniciativa desobediente.¹⁰⁹ En la ficcionalización de las *Cartas* no hay posibilidad de error, sorpresa ni fracaso para un héroe mítico que posee un talento extraordinario que con

nadie comparte y que garantiza la victoria.

El último rasgo que completa dentro de las *Cartas* la presentación de Cortés como modelo militar es el uso de la violencia. La base real sobre la que se transforma en este contexto el uso del terror y de la violencia, convirtiéndolos ficticiamente en un mérito táctico más que completa la caracterización militar del Cortés ficcional es la desproporción cuantitativa entre el ejército indígena y el reducido ejército español. Dentro del contexto de esta desproporción numérica, el terror como táctica de uso calculado de la violencia se convierte en una de las armas más importantes de la conquista. Por otra parte, la subordinación de la presentación del terror a la caracterización de Cortés como táctico ejemplar transforma su violencia cuestionable en acción ejemplar y necesaria, y justifica ficticiamente algunos de los episodios más conflictivos de la conquista.

El episodio de la matanza de Cholula es uno de los ejemplos más reveladores de esa transformación. El desacuerdo de biógrafos e historiadores en torno a ese episodio es muy considerable. Las versiones contemporáneas del episodio, escritas por testigos presenciales del bando español, coinciden en afirmar que hubo traición por parte de los cholultecas. Las versiones indígenas recogidas por Sahagún, por otra parte, no se refieren a la traición pero hablan explícitamente de la firme intención que tenían los cholultecas de no someterse, convencidos de que contaban con la protección especial de sus dioses para librarse del dominio español.¹¹⁰ Sea cual fuere la realidad, la represión ordenada por Cortés en Cholula fue de tal dimensión que resulta difícil de justificar incluso ante la presencia hipotética de indicios reales de traición. Además, no se trató de una batalla sino de una masacre calculada de miles de indígenas indefensos, y de la posterior destrucción de gran parte de la ciudad. Andrés de Tapia describe así el episodio: “E luego mandó matar los más de aquellos señores, dejando ciertos de ellos aprisionados, y mandó hacer la señal que los españoles diesen en los que estaban en los patios, e moriesen todos, e así se hizo, e ellos se defendían lo mejor que podían e trabajaban de ofen-

der: pero como estaban en los patios cercados e tomadas las puertas, todavía morieron los más dellos. E echo esto, los españoles e indios que con nosotros estaban, salimos en nuestras escuadras por muchas partes por la ciudad, matando gente de guerra e quemando las casas... Así es que se hizo todo lo posible por destruir aquella cibdad... e duró dos días el trabajar por destruir la cibdad".¹¹¹ Bernal Díaz, por su parte, se extiende menos sobre la matanza y destrucción de la ciudad que sobre el relato de la traición de los cholultecas, a los que acusa poco menos que de tener preparadas las ollas con la salsa de chiles que iban a utilizar para cocinar a los españoles.¹¹² La versión de Cortés, en cambio, es perfectamente escueta y funcional. En su *Segunda Carta*, Cortés enumera brevemente los signos de una traición que le confirmaría más adelante la información que recibió Marina de una mujer cholulteca, y se dispone a actuar porque, dice, "acordé de prevenir antes de ser prevenido". En esta versión, la violencia se minimiza al máximo. La tortura y ejecución de los jefes principales, que mencionan de Tapia y Bernal Díaz, se reduce aquí a dejarlos atados en una sala; la matanza dentro del recinto cerrado de los patios de miles de indígenas desarmados la reduce Cortés a la frase siguiente — en la que ni siquiera se expresa sintácticamente la relación directa entre la acción de los españoles y la muerte de los indígenas: "...y dímoles tal mano que en pocas horas murieron más de tres mil hombres"; la destrucción de la ciudad se limita a "poner fuego a algunas torres y casas fuertes donde se defendían y nos ofendían", y la duración de la represión pasa de dos días a "cinco horas".¹¹³

La narración que se articula sobre estos cambios presenta una realidad considerablemente ficcionalizada. En ella, la violencia se convierte en la acción necesaria planeada por Cortés, quien aparece caracterizado como el prototipo del hombre capaz de controlar la situación de la manera adecuada. Toda conflictividad desaparece en su versión, que presenta una decisión altamente cuestionable como un acto necesario e inevitable, minimizando al mismo tiempo el alcance real de sus efectos. La función de esta ficcionaliza-

ción del episodio es doble. Por una parte, implica la justificación del uso de semejante forma de violencia: por otra, caracteriza a Cortés como líder militar capaz de actuar del modo óptimo en relación con la situación concreta en que se encuentra.¹¹⁴

El segundo aspecto que articula la caracterización de Cortés como héroe ficcional en el discurso narrativo de las *Cartas de Relación* corresponde a su función como *político*. La caracterización de Cortés como político se centra en su capacidad de realizar hasta el máximo el proyecto de conquista por medio de negociaciones, fortaleciendo simultáneamente su situación militar por medio de alianzas. En la narración de las *Cartas*, la violencia y agresividad características del modelo militar no se presentan nunca como el mejor modo de dominar sino como el último recurso que sigue al agotamiento de las posibilidades de persuasión y negociación. Si, como guerrero, Cortés destruía y mataba sin piedad siempre que fuera necesario, como político seduce a indígenas y españoles por igual. Y lo hace con tanta eficacia que, a lo largo de toda la *Carta de Justicia y Regimiento*, tanto la unidad y combatividad del bando español como la multiplicación vertiginosa del número de seguidores indígenas con el que éstos cuentan, se presentan más como resultado de la capacidad de Cortés de persuadir, negociar y seducir que de cualquiera de las medidas disciplinarias o represivas que éste, por otra parte, no vacilaba en aplicar. Así, en la narración de Cortés, los intentos de rebelión de los partidarios de Velázquez se controlan por la persuasión irresistible de las arengas ejemplares en las que Cortés les recordaba los términos de la gloriosa misión en la que se habían embarcado, manejando hábilmente incentivos políticos, religiosos, sociales y materiales. Las referencias a las medidas disciplinarias reales —desde la prisión hasta la tortura y la horca—, que daban fuerza a tan hermosos discursos, aparecen siempre reducidas a una vaga y escueta mención de castigo indeterminado. "Los castigué conforme a justicia y a lo que según al tiempo me pareció que había necesidad y al servicio de vuestra alteza cumplía",¹¹⁵ dice Cortés resu-

miendo la acción disciplinaria contra Escudero y Carmeño, a quienes mandó ahorcar, y la de Umbría, a quien hizo azotar y cortar los pies en castigo por un intento de rebelión. El efecto de esta sustitución es que, dentro del relato, la autoridad y el dominio de Cortés parecen resultar exclusivamente del poder de persuasión de alguien superior, que está en posesión de la verdad y que consigue obediencia, respeto y sumisión por el simple hecho de transmitir y recordar esa verdad a los que lo rodean.

La versión de la conquista que presentan las *Cartas* subordina explícitamente el uso de la fuerza al agotamiento de los recursos pacíficos. Las fases del proceso de dominio y de imposición de autoridad y vasallaje son siempre las mismas: Requerimiento, persuasión, negociación, perdones repetidos y ataque. El ataque se produce sólo cuando todas las extraordinarias facultades diplomáticas y persuasivas de Cortés no han conseguido el objetivo por una acción exclusivamente política. La filosofía política implícita en la caracterización del personaje a través de acciones y discursos se puede reducir a dos principios básicos del realismo político de todos los tiempos, que aparecen formulados explícitamente en *El Príncipe* como expresión de la filosofía política del Renacimiento. El primero es el "Divide y vencerás", que se concreta en la política de alianzas de Cortés a lo largo de toda la conquista. Dice Maquiavelo: "El orden común de las cosas es que, luego que un poderoso extranjero entre en un país, todos los demás príncipes que son allí menos poderosos se le unan por un efecto de la envidia que habían concebido contra el que los sobrepujaba en poder, y a los que él ha despojado.... El nuevo príncipe, con el favor de ellos y sus propias manos, podrá abatir fácilmente a los que son poderosos, a fin de permanecer en todo el árbitro de aquel país".¹¹⁶ Y Cortés llevó esta idea a la práctica de forma sistemática en cuanto intuyó el descontento de los súbditos de Moctezuma y sus deseos de liberarse del dominio azteca. Poco después de aliarse con los Tlaxcaltecas, formularía muy explícitamente esta política fundamental en toda la conquista: "Vista la discordia y disconformidad de los unos

y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito, y que podría tener manera de más aún sojuzgarlos, y que se dijese aquel común decir *de monte etc.*, ...y con los unos y con los otros maneaba y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba, y le daba crédito de más amistad que al otro".¹¹⁷ El segundo principio de la filosofía política de Cortés consiste en alternar sabiamente la dureza con la dulzura en su relación con los españoles e indígenas por igual. Lo que en el lenguaje popular se llama "una de cal y otra de arena" y en el lenguaje, más elevado, de Maquiavelo, equilibrio entre la severidad y la clemencia.¹¹⁸ A la prisión de Moctezuma, por ejemplo, sigue en las *Cartas* un torrente de "buenas palabras" y de protestas de respeto y sumisión: y al acto aún más problemático de "echarle unos grillos" sucede toda una exhibición de magnanimidad y "buen tratamiento" que enlaza con toda la política que ha ido caracterizando las relaciones de Cortés con los indígenas y con sus propios hombres hasta ese momento.

En el contexto de este aspecto de la caracterización, la reelaboración de la realidad, que presenta el éxito de la campaña diplomática para imponer la autoridad de Cortés como resultado exclusivo de su habilidad política, se complementa con la eliminación de todos los errores políticos cometidos y de sus consecuencias. El mejor ejemplo de este proceso de eliminación de fallos, que completa la ficcionalización de la dimensión política del héroe, es el episodio de la liberación de Cuitlahuac, hermano de Moctezuma. Henry Wagner resume la importancia que tuvo este error, diciendo que, entre los muchos que cometió Cortés en la semana que siguió a su regreso a Tenochtitlán después de derrotar a Narváez, el de soltar a Cuitlahuac pudo muy bien ser el que marcó el principio del desastre.¹¹⁹ Madariaga se refiere a las versiones de Cervantes de Salazar y Torquemada para mostrar la liberación de Cuitlahuac como maniobra equivocada, dentro de las negociaciones que mantenía Cortés con Moctezuma y los suyos, para intentar recuperar el control de la ciudad.¹²⁰ Bernal Díaz y los informantes indígenas presentan la transferencia del poder de Moctezuma a Cuitlahuac como

un hecho consumado, sin detenerse en el proceso que culminó en ella. Pero no parece aventurado concluir que fue Cortés quien cometió el error de liberarlo, por causas imposibles de averiguar con certeza a la vista de la documentación existente. A la llegada de Cortés a Tenochtitlán, Cuitlahuac era uno de los que habían permanecido presos en su palacio desde antes de su partida. Una semana más tarde, el mismo Cuitlahuac estaba en libertad y había sido elegido por los aztecas como jefe político y religioso de la rebelión. El único con autoridad suficiente para tomar la decisión de dejar en libertad a uno de los prisioneros reales era Cortés. Y, tanto si la decisión se tomó colectivamente como si fue individual, la responsabilidad del error caía primordialmente sobre Cortés como jefe del bando español. La omisión total de cualquier referencia a la liberación de Cuitlahuac y al proceso de su nombramiento es coherente con la estrategia narrativa que suprime en las *Cartas* todo error o elemento que pueda amenazar la caracterización del héroe como representante perfecto de cada una de las virtudes que hacen al caso, y completa el aspecto político de esa caracterización.

En el capítulo titulado “De los que llegaron al principado por medio de maldades”, dice Maquiavelo: “Es menester, pues, que el que toma un estado haga atención en los actos de rigor que le es preciso hacer, a hacerlos todos de una sola vez e inmediatamente, a fin de no estar obligado a volver a ellos todos los días, y poder, no renovándolos, tranquilizar a sus gobernados, a los que ganará después fácilmente haciéndoles bien”.¹²¹ La conducta de Cortés apenas finalizada la campaña parece ajustarse exactamente a esa filosofía práctica. En el discurso narrativo de las *Cartas*, la caída de Tenochtitlán marca sin transición el desplazamiento de la presentación la tercera de sus funciones fundamentales: la de *gobernante*. La dureza se convierte en magnanimidad, la agresividad se vuelve compasión y el castigo se transforma en perdón. Los análisis militares y la percepción guerrera del enemigo dejan paso a una humanización que se expresa en repetidas muestras de compasión y de clemencia. La caracteri-

zación de los aztecas como “perros” y “traidores” que aparecía a lo largo de la *Tercera Carta* se sustituye ahora por la de “tristes”, que “era tanta la pena que tenían que no bastaba juicio a pensar cómo lo podían sufrir”. Cortés el guerrero, implacable en la campaña de reconquista de Tenochtitlán, desaparece ante un Cortés vencedor que prepara su gobierno con la clemencia y que se presenta ya como defensor de los mismos indígenas a los que ha atacado de forma tan despiadada hasta ese momento. Perdona a Cuahutemoc, quien le ha entregado su propio puñal pidiéndole que lo mate, lo anima diciéndole que “no tuviese temor ninguno” y nos dice que su primera acción de vencedor es la protección de los desdichados vencidos.¹²²

La caracterización de Cortés como modelo de gobernante que se inicia, al concluir la toma de Tenochtitlán, con la presentación de su magnanimidad y clemencia se centra en dos procesos. El primero es la caracterización del personaje como suma de las funciones ideales del gobernante de un estado recién fundado —como diría Maquiavelo— y la presentación del orden creado como dependiente de su presencia. El segundo es la caracterización del nuevo estado como modelo de orden, justicia y paz, eliminando cualquier elemento problemático. Dentro de este segundo proceso, lo conflictivo y lo problemático aparecen totalmente ausentes del orden utópico creado por el modélico gobernante, y pasan a identificarse con todo el que pretenda minar su poder —principalmente con los enviados de Velázquez y de Fonseca. Con este procedimiento, a la vez que se fortalece la caracterización del héroe capaz de crear tal orden como prototipo del perfecto gobernante renacentista, se prolonga la caracterización de Velázquez, Fonseca o cualquier potencial adversario de Cortés, como amenaza al interés real.

De acuerdo con la narración de las *Cartas*, apenas conquistada Tenochtitlán y cimentada la paz con perdones, Cortés desplegó una actividad impresionante. Repartió tierras, reconstruyó la ciudad, organizó un sistema de comunicaciones que enlazaba todos los puntos del nuevo estado

con su capital, pobló, fundó ciudades y pueblos, montó fábricas de armamento y municiones, restableció el comercio y perfeccionó la economía del imperio, cristianizó, descubrió minas y planeó un programa de exploraciones y expediciones de conquista que extendían su gobierno más allá de los límites del anterior imperio, y que asegurarían el control de puertos y costas, a la vez que prometían enlazar el nuevo reino con las tan buscadas islas de las especias. Hablando de la reconstrucción de Tenochtitlán, dice que “hanse dado tanta prisa en hacer las casas de los vecinos que hay mucha cantidad de ellas hechas, y otras que llevan ya buenos principios; y porque hay mucho aparejo...hacen todos tan buenas casas que puede creer vuestra sacra majestad que de hoy en cinco años será la más noble y populosa ciudad que haya en lo poblado del mundo, y de mejores edificios”.¹²³ Este proyecto declarado de crear la ciudad más noble del mundo enlaza con una caracterización de sus actividades de gobernante que apunta a la creación de un estado utópico que se define en gran medida por oposición al modelo de colonia de las Antillas. El propio Cortés formula de forma explícita esa oposición en su *Cuarta Carta de Relación*, cuando se refiere a la acogida que han recibido entre los colonos las ordenanzas de gobierno que ya ha promulgado: “De algunas de ellas los españoles que en estas partes residen no están muy satisfechos, en especial de aquellas que los obligan a arraigarse en la tierra; porque todos, o los más, tienen pensamientos de se haber con estas tierras como se han habido con las islas que antes se poblaron, que es esquilmarlas y después dejarlas. Y porque me parece que sería muy grande culpa a los que de lo pasado tenemos experiencia, no remediar lo presente y por venir, proveyendo en aquellas cosas por donde nos es notorio haberse perdido las dichas islas, mayormente siendo esta tierra, como ya muchas veces a vuestra majestad he escrito, de tanta grandeza y nobleza, y donde tanto Dios Nuestro Señor puede ser servido y las reales rentas de vuestra majestad acrecentadas”.¹²⁴

En la formulación del proyecto de estado de Cortés, el modelo de *saqueo* aparece substituido por el de *desarrollo*

general de los recursos de la colonia. No se agota el botín sino que se pretende crear centros y estructuras de producción agrícola, comercial y artesanal. A la obsesión por el oro como símbolo único de riqueza, característica del discurso colombino y del modelo económico de las Antillas, se opone la búsqueda y explotación de minas de cobre, estaño y hierro, que se destinan a una producción de armas y herramientas que supone una independización con respecto a los proveedores de España. La rapiña se reemplaza con la producción. La corrupción, con la administración centralizada en la persona de Cortés para el bien común. La destrucción progresiva y lamentable de la colonia antillana deja paso a un proyecto utópico de creación y desarrollo dentro de un régimen autoritario y paternalista, pero justo. La despoblación de las Antillas se presenta como una de las preocupaciones dominantes del gobernante, que toma medidas, dicta leyes y castiga abusos en un afán evidente de proteger a la población mexicana y de salvarla de correr la misma suerte que los encomendados de las Antillas. Las ordenanzas de gobierno que dictó en Mayo de 1524 protegían al indígena regulando sus horas de trabajo, la frecuencia de sus desplazamientos, la composición de su dieta cotidiana, la enseñanza de la religión, y prohibiendo explícitamente su utilización para el trabajo de las minas. Y la carta al rey del 15 de Octubre de 1524 justifica la desobediencia de Cortés a las instrucciones reales que le ordenaban cesar los repartimientos y permitir la libre contratación y comercio de los naturales con los españoles, presentándola como parte de un proyecto que pasa por la protección de los naturales frente a los abusos de unos colonos a los que describe como “de baja manera, fuertes y viciosos de diversos vicios y pecados”, para acabar proponiendo un modelo de estado próspero, ordenado y justo. Dentro de él, la esclavitud se justificaría sólo como castigo por el delito de rebelión, y la cristianización de los naturales sería, de verdad, uno de los objetivos básicos.¹²⁵

Los elementos que integran la caracterización de Cortés como gobernante se ajustan perfectamente a las necesidades

objetivas de la creación de su modelo de estado utópico renacentista y lo señalan como el hombre idóneo para la empresa. Reforzando esta perfecta adecuación entre proyecto y hombre, las *Cartas* formulan repetidamente la dependencia de lo primero con respecto al segundo. La presencia y persona de Cortés se presentan con carácter insustituible y pasan, dentro del contexto ficcionalizador de esta narración, a ser el elemento central sin el cual todo el estado se desmoronaría.¹²⁶ Los únicos problemas que admite esta utópica presentación de la realidad inmediatamente posterior a la conquista se asocian o bien con las interferencias de aquéllos o bien con la acción de los naturales que quedan todavía por integrar en las fronteras del nuevo estado. Estado que sólo puede verse amenazado por alguien que esté fuera de él y que por ignorancia, como los naturales, o por ambición, como los enviados de Fonseca y Velázquez, se atreva a atentar contra tanta armonía puesta por Cortés a los pies de su rey.¹²⁷

La caracterización del gobernante completa la creación ficcional de Cortés como héroe renacentista. Como tal, conquista, negocia, organiza y manda mejor que nadie. Su caracterización encarna una por una todas las virtudes del modelo renacentista formulado por Maquiavelo, y, consecuentemente, nadie podría estar mejor dotado que él para llevar a cabo la tarea de transformación de México en el estado renacentista perfecto. Pero este hecho mismo plantea un problema fundamental. Sucede que los mismos rasgos que caracterizan a Cortés como héroe renacentista y gobernante idóneo lo presentan como alguien potencialmente peligroso en un contexto político en el que el poder aparece fuertemente centralizado en la figura de un monarca absoluto. La caracterización de Cortés en sus *Cartas de Relación* es la encarnación misma de la filosofía política que formularía Maquiavelo en su presentación de *El Príncipe*. Pero en la realidad Cortés no era un príncipe sino un vasallo. Cortés era un hidalgo aventurero, ascendido vertiginosa y alarmanamente como resultado de unos méritos y unas cualidades que no correspondían a su condición. Las mismas cualida-

des que, siendo príncipe, hubieran hecho de él el modelo de su época lo convertían en el más peligroso de los súbditos en el contexto de una estructura política que no toleraba la dispersión del poder.

El discurso narrativo de las *Cartas* muestra hasta qué punto Cortés era consciente de este hecho, a través de la última vertiente del proceso de ficcionalización de su figura. Si la primera fase de ese proceso transformaba al rebelde en héroe, la segunda lo convierte en modelo, al integrar su caracterización como héroe renacentista en una estructura ficcional de vasallaje y providencialismo que enlaza, irónicamente, con modelos ideológicos y literarios mucho más propios de la Edad Media que del Renacimiento que Cortés encarnaba con tanta exactitud.¹²⁸ La utilización de la estructura de vasallaje tiene por objetivo inmediato reintegrar ficticiamente al héroe en la jerarquía de poder que encabezan Dios y el rey. El propio Cortés formuló explícitamente la estructura de esa pirámide que jerarquiza el poder, en su carta al rey del 15 de Mayo de 1522, cuando dice: "pues en ella se verán obras no de nuestras manos mas de Dios con cuyo favor a vuestra majestad se han hecho tantos servicios en estas partes que por no me alargar deo de significar, y también por ser yo en parte ministro de ellas".¹²⁹ Dios, situado en la cúspide de la pirámide, concede mercedes al rey, que se encuentra inmediatamente por debajo de él, por medio de los servicios de Cortés que se presenta a sí mismo como ministro de Dios y vasallo del rey.

Frente a una realidad objetiva de desobediencia, rebelión y adquisición de un enorme poder personal, Cortés afirmaría una y otra vez, utilizando el marco ficcional de esa pirámide de relaciones, la subordinación del héroe a las leyes del rey y a la voluntad de Dios. Los motivos e intereses de Cortés al emprender la empresa de conquista —que incluían, desde luego, la ambición de poder, gloria y riqueza— se reducirían en el contexto de las *Cartas* a la voluntad de servir al rey, que podía llegar al sacrificio de la propia vida si ello fuera necesario. Así, al principio de la *Segunda Carta*, Cortés presentaba como único motivo de su decisión de

adentrarse en la tierra, a la conquista del imperio azteca, su voluntad de traer a Moctezuma "preso o muerto o súbdito a la corona de vuestra majestad". Y en la *Cuarta Carta* puntualizaría que aunque "la menor de estas entradas que se van a hacer me cuesta de mi casa más de veinte mil pesos de oro y que las otras dos de Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid me cuestan más de cincuenta...como sea todo para el servicio de vuestra cesárea majestad, si mi persona, juntamente con ello, se gastare lo tendría por mayor merced".¹³⁰ La gloria, la ganancia y el poder se ceden, dentro de la estructura ficcional de las *Cartas*, al rey. Cortés se contenta ficticia y humildemente con ser "ministro" o "causa", y nunca más que vasallo deseoso únicamente de servir el interés real.¹³¹ El proceso de expansión de la conquista se describe en los mismos términos. La conquista se define como extensión del vasallaje a los indígenas, y Cortés se encarga de repetir en cada caso una fórmula que recuerde este sentido. Los indígenas conquistados se convierten en vasallos, y la función de Cortés en esa conversión se presenta como la de un simple intermediario que, sin interés propio, confiere, en representación de su rey, la gracia del vasallaje a los indígenas de turno.¹³²

La integración del poder de Cortés en el marco político de una monarquía absoluta se completa con la utilización de un esquema providencialista que modifica ficticiamente el sentido de voluntad, acción, conocimiento y proyecto. Dentro de este marco providencialista, la voluntad que se expresa en cada una de las elecciones del personaje —desde la destrucción de las naves hasta la expedición a las Hibueras— se transforma en *obediencia*. El personaje no elige, sino que es elegido por Dios para la empresa, y se limita a ejecutar no sus propios proyectos sino la voluntad divina. El conocimiento se presenta consistentemente como inspiración divina; la acción que resulta de esa inspiración queda definida implícitamente como guerra santa, y el proyecto se transforma en misión.¹³³ A través de la presentación sistemática de Dios como aliado y artífice de la victoria, y de las invocaciones a la providencia, el Espíritu Santo, y la San-

tísima Trinidad, Cortés neutralizaría ficticiamente su propio poder, desligándolo de su origen verdadero —las características personales y las acciones de Cortés— y atribuyéndole un origen divino que ocultaba sus raíces. Y, al presentarlo como algo que emanaba no de su propia capacidad política y militar sino de la voluntad de Dios, le confería a éste una capacidad de cancelarlo que las acciones del propio Cortés habían desmentido ya.

La función de la estructura ficcional de vasallaje es clave dentro del discurso narrativo de las *Cartas* porque, en términos reales, ese modelo feudal al que se quiere subordinar la caracterización del personaje como héroe renacentista estaba siendo profundamente cuestionado por las circunstancias concretas de la conquista y por las acciones del verdadero Cortés. Cortés se había insubordinado ya, al desobedecer a Velázquez; había destruido unas naves que ni siquiera le pertenecían; había creado un estado que reducía al rey a un papel de simple supervisor, mientras el poder aparecía concentrado en las manos de su gobernador; y había actuado en todo momento con una independencia que más correspondía al rey que a su humilde vasallo. Pero Cortés era perfectamente consciente de que el rey tenía el poder de destruirlo;¹³⁴ y sabía también que la única posibilidad que tenía él de conservar ese poder muy considerable, que día a día le daba lo que iba conquistando y ganando, era transformarse, y transformarlo en su narración, por medio de una representación ficcional que convirtiera al poderoso conquistador en humilde vasallo y a su acción en servicio a Dios y al rey. Esta es la función precisa de la utilización ficcional de la estructura de vasallaje, que apela a un modelo ideológico que proclama el origen divino de la monarquía y acepta una concepción mesiánica de historia y acción. Enmarcada por esta estructura, la caracterización de Hernán Cortés como héroe renacentista se subordina ficticiamente a ella, integrándose en la pirámide que encabeza Dios, a la vez que su acción individual y creadora aparece transformada en una serie de actos cuya inspiración y éxito se atribuyen a Dios, y cuyos resultados materiales pertenecen a la corona.

El objetivo de las *Cartas de Relación* no es el relato escueto y fiel de la verdad, sino la creación de una serie de modelos ficcionales que aparecen subordinados a un proyecto de adquisición de fama, gloria y poder. Pero, a diferencia de lo que sucedía con el proceso de ficcionalización del discurso colombino, la ficcionalización de las *Cartas* no se levanta sobre el error voluntarista sino sobre el más lúcido análisis de una realidad concreta. Mientras la ficcionalización colombina culminaba en la creación de un modelo falso de percepción y representación de la realidad americana, que aparecía situada entre el botín y el mito, la percepción de esa realidad que se expresa en las *Cartas* de Cortés es fundamentalmente analítica y objetiva. La percepción profundamente racional de Cortés anota, analiza y clasifica con la mayor exactitud todos los rasgos fundamentales de la tierra firme que explora y conquista. Cualquier elemento fantástico o mitológico que indique la subordinación de la representación de la realidad americana a modelos literarios previos está ausente del discurso narrativo de sus *Cartas*. Bernal Díaz y Andrés de Tapia prolongan la tradición colombina, organizando con frecuencia la representación de esa realidad en torno a los dos mismos elementos básicos de conceptualización de lo desconocido que organizaban el discurso de Colón: lo maravilloso y lo monstruoso. En la primera descripción que hace Bernal Díaz de Tenochtitlán, por ejemplo, la identifica con los modelos fantásticos de los libros de caballerías, presentando una ciudad maravillosa, a mitad camino entre realidad y sueño: “Y desde vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro del agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que vían sí era entre sueños, y no es de maravillar que yo lo escriba

aquí desta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente; ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aun soñadas, como vimos”.¹³⁵ Y las descripciones que nos ofrece Bernal de sacrificios, canibalismo y sodomías, así como la que hace Tapia del recinto del Templo Mayor de Tenochtitlán, enlazan, con su insistente truculencia, las manifestaciones sangrientas de una religión cruel con una tradición literaria que, como en el caso del modelo de Colón, identificaba con frecuencia las tierras y culturas desconocidas e inexploradas con una realidad monstruosa.

Frente a esos modelos descriptivos, la percepción de la nueva realidad americana que se expresa en la presentación que ofrece Cortés de la tierra mexicana y del imperio azteca destaca por su claridad analítica. La descripción de Tenochtitlán que encontramos en sus *Cartas*, por ejemplo, es un modelo de clasificación racional en el que cada elemento se presenta ordenadamente en relación con su función social y económica, y como expresión del grado de cultura y civilización que implica. Lo maravilloso no resulta en la narración de Cortés de la identificación de la nueva realidad con modelos ideológicos o literarios previos, sino de la suma misma de los elementos reales que caracterizan esa nueva realidad. El referente europeo —económico o geográfico— que articulaba de forma casi constante la percepción y representación colombinas, se utiliza aquí rara vez desde la *Primera Carta* y desaparece totalmente en la *Quinta*. En ésta las escasas comparaciones del México natural o del imperio azteca con elementos de contexto europeo, que se utilizaban ocasionalmente durante las primeras cuatro cartas para facilitar la comunicación de los aspectos múltiples de una realidad totalmente nueva, dan paso a una formulación explícita de la imposibilidad de comunicar esos aspectos, utilizando Europa como referente. Al principio de la *Quinta Carta*, Cortés alude a ese problema de comunicación y declara, por una parte, la imposibilidad de narrar con exactitud la nueva realidad, y, por otra, la imposibilidad de que “desde allá” se pueda comprender lo que “desde aquí” se intenta describir y narrar: “y son cosas que es bien que

vuestra alteza las sepa, al menos por no perder yo el estilo que tengo, que es no dejar cosa que a vuestra majestad no manifieste, las relataré en suma lo mejor que yo pudiere, porque decir las como pasaron, *ni yo las sabría significar, ni por lo que yo dijese allá se podrían comprender*". Antes del final de esa misma carta, vuelve a referirse a este problema de comunicación que cancela la validez de la utilización del contexto europeo como referente, presentando como única forma posible de conocimiento y comprensión de una realidad nueva y cualitativamente distinta la experiencia directa de la misma. Se trata en este caso de una descripción de la naturaleza recorrida por Cortés en la expedición a las Hibueras, descripción en la que se expresa todo el problema de la inadecuación de los modos de percepción europeos para la comprensión de la realidad americana: "Comenzamos a subir el puerto, que fue la cosa del mundo más maravillosa de ver y pasar; pues *querer yo decir y significar* a vuestra majestad la aspereza y fragosidad de este puerto y sierras, *ni quien mejor que yo lo supiese lo podría explicar, ni quien lo oyese lo podría entender*, si por vista de ojos no lo viese y pasando por él no lo experimentase".¹³⁶ La experiencia directa de la realidad se presenta como algo insustituible, y ambas citas contienen implícitamente la necesidad de crear un nuevo lenguaje para expresar la nueva realidad, así como un rechazo de aquel modo de percepción que articulaba el modelo de representación del discurso narrativo de Cristóbal Colón.

Los procesos de ficcionalización de las *Cartas* se subordinan de forma impecable a la doble necesidad de legitimar la empresa y consolidar el poder adquirido. La estructura de esta ficcionalización es profundamente racional y calculada. Se inicia con la utilización de la forma de la *relación* que inscribe la narración en un marco documental y oficial, proponiendo una equivalencia implícita entre narración y verdad. Al mismo tiempo, la filosofía que se expresa entre las líneas de esa narración apela a una ideología renacentista que, desde Maquiavelo hasta San Ignacio de Loyola, afirma que el fin justifica los medios y que el éxito legitima la

acción. Dentro de ese marco ideológico y estructural, la ficcionalización, que se concreta en los procesos de selección, reordenación y reelaboración del material analizados más arriba, sustituye aquella *verdadera relación* que prometían la forma adoptada por el discurso y las declaraciones reiteradas del autor por la creación de tres modelos ficcionales: el de la acción, el del proyecto y el del héroe.

La creación del modelo ficcional de héroe lleva consigo un claro proceso de mitificación del personaje que implica la elusión del cuerpo y de todo aquello que, expresando emoción, debilidad o duda, problematice la imagen de un modelo humano que se quiere sin fisuras. Si queremos encontrar el cuerpo de Hernán Cortés, no debemos buscarlo en las tres primeras *Cartas de Relación*, donde lo más que encontraremos será un brazo —herido en la Noche Triste— o una frente apedreada en la retirada. Hay que rastrear ese cuerpo en la relación de Andrés de Tapia que nos habla de aquella purga que se tomaba Cortés con frecuencia y que en Tlaxcala pudo haber echado a perder el ataque; o en los sufrimientos físicos que —según Bernal Díaz— lo aquejaban con tal frecuencia que hasta se había traído de Cuba "unas manzanillas" para curarlos. El modelo de conquistador que crea Cortés en las cuatro primeras *Cartas* no duda, no teme, no vacila, no sufre. Hay que esperar a la *Quinta Carta* para encontrar una progresiva humanización y problematización de un modelo que, ante un cambio de situación objetiva, ya no necesita presentarse como superhombre invulnerable.

La ficcionalización de América que se daba dentro del discurso narrativo colombino se apoyaba en dos procesos muy simples. El primero era el de transformación de los elementos de la nueva realidad por identificación con los términos de un modelo imaginario de esas tierras. El segundo consistía en reducir la nueva realidad a los elementos asimilables como mercancías dentro del contexto mercantilista de la Europa de fines del siglo XV.¹³⁷ El discurso narrativo de las *Cartas de Relación* de Cortés, por otra parte, apela, simultáneamente, a un modelo ideológico medieval y a una filosofía renacentista para crear una representación ficcional de

conquista, conquistador y estado, que se convertirán en los modelos del desarrollo posterior de la conquista del Nuevo Mundo. La ficcionalización cortesina no se concreta en la mitificación de la realidad americana sino en la del conquistador, su acción y su proyecto. La transformación de la realidad de la conquista no se apoya aquí en el voluntarismo irracional que articulaba las identificaciones y reducciones de Colón, sino en una instrumentalización de la razón que, trastocando silogismos e identificando premisas y conclusiones, convierte la palabra en arma privilegiada, en un proyecto de adquisición de poder, gloria y fama. El modo característico de la ficcionalización cortesina es la razón. Su resultado es la creación de unos modelos que expresan, a través de los elementos que los constituyen como ficción, el más impecable racionalismo y el profundo conocimiento que tenía su lúcido creador de aquella realidad histórica que se proponía aplacar, seducir, y dominar.

NOTAS

1. Véase Richard Konezke, *Descubridores y conquistadores de América*, ed. cit. pg. 17 y ss.
2. Ya al principio del reinado de Isabel y Fernando, y como consecuencia de las guerras civiles que lo precedieron, existía una conciencia clara entre los cronistas de la época de la escasez del tesoro de Isabel y Fernando, en comparación con los de otros monarcas. Jaime Vicens Vives, *Historia social y económica de España*, vol. II, pg. 375.
3. *Lettera Rarissima*, en Navarrete, op. cit. vol. I, pg. 238.
4. R. Konezke eleva el cálculo de esta cifra a 19 toneladas entre 1503 y 1510, en op. cit. pg. 45. Por otra parte, en Jaime Vicens Vives, op. cit. vol. II, pg. 473, la cantidad de oro llegada a Sevilla entre 1503 y 1520 se estima en 14.118 kg.
5. *Lettera Rarissima*, cf. la cita en pg. 2 supra, y la nota 3.
6. Richard Konezke, op. cit. pg. 47.
7. Hay que esperar hasta 1517 para encontrar la primera explotación azucarera aceptable, y los primeros experimentos con la plantación de caña no comienzan hasta 1503. Véase R. Konezke, op. cit. pg. 50.
8. La carta se encuentra reproducida por Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias*, vol. I, pg. 424.
9. Hernán Cortés, *Carta al Emperador Carlos V*, desde Tenuxitán el 15 de Octubre de 1524.
10. Jaime Vicens Vives, op. cit. vol. II, pg. 473. Sin embargo,

Pierre Chaunu sitúa dentro de su *Conquista y explotación de los nuevos mundos*, el inicio del declive en la producción de oro entre 1512 y 1513 basándose en los gráficos de E.J. Hamilton en *American treasure and price revolution in Spain*, Cambridge, 1934. Véase también en relación con este problema, Pierre Chaunu, *Seville et l'Atlantique*, 4 vols., París, 1959-1960.

11. Cristóbal Colón, Carta a los Reyes, reproducida en Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. I, pg. 424.

12. "Las minas y los campos empezaron a valorarse tan solo en función de los indios disponibles para explotarlos. La encomienda como posesión valiosa se cotiza fuertemente, y, como cualquier otro bien se cede, se alquila, y se negocia. Empiezan a surgir los encomenderos absentistas, mientras que capataces y arrendadores exprimen al indio y le hacen trabajar a golpe de látigo." Jaime Vicens Vives, *Historia social y económica de España y América*, vol. II, pg. 473.

13. Ibidem, pg. 474. Las cifras de Bartolomé de las Casas son de 1.100.000 indígenas a la llegada de Colón y de 46.000 en 1510. Gonzalo Fernández de Oviedo coincide en esta estimación del número de indígenas, de lo que R. Konetzke deduce que esa es probablemente la cifra que ambos oyeron de los propios colonizadores.

14. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, vol. II, pg. 219.

15. Pierre Chaunu considera la crisis de la economía cubana ya evidente en 1516, como resultado directo de la extinción de la población indígena y como motor decisivo del nuevo impulso explorador y conquistador. Véase *Conquista y explotación de los nuevos mundos*, pp. 15-18.

16. Era el oro el único valor que interesaba a Grijalva en su expedición, a juzgar por el relato que hizo del primer contacto con los indígenas el capellán de la expedición. Según éste, al ofrecerles los aztecas las telas pintadas con los hechos de la vida de los mexicanos, el capitán les respondió que "no buscaban más que oro". Se expresa aquí con toda claridad esa percepción de la tierra firme como extensión del botín ya muy dilapidado de las Grandes Antillas. En *Colección de Documentos para la Historia de México*, publicados por D. Joaquín Icazbalceta, México, 1858, dos vols.; la relación del capellán se encuentra reproducida también en *Cronistas de la Conquista*, editado por Agustín Yáñez, México, UNAM, 1939, pp. 19-39.

17. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, vol. II, pg. 128.

18. Ibidem, pg. 130.

19. Ibidem, pp. 140-141.

20. Las dos citas pertenecen a Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, vol. II, pg. 140 y ss.

21. Ibidem, las citas anteriores corresponden a las páginas 143-145.

22. Bartolomé de las Casas, ibidem, pg. 163.

23. Ibidem, pg. 153.

24. Ibidem, pg. 402.

25. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de México*, Madrid, 1975. Ambas citas provienen de esta obra, y, en cuanto a la segunda no hay que olvidar que la virtud de Bernal Díaz esta fechada muchos años más tarde que los hechos a los que hace referencia, cuando el rechazo de la esclavitud como comercio legítimo se había convertido ya desde hacía tiempo en una postura defendida por figuras de gran prestigio entre las que figuraba el propio Cortés, por quien Díaz sentía verdadera reverencia.

26. Véase supra notas 3 y 5, referentes a la *Lettera Rarissima* y su elogio del oro de Veragua; y la enumeración de los signos que evidenciaban para el Amirante gran riqueza de oro en la zona, dentro de la misma carta de Colón.

27. Bernal Díaz, op. cit. pg. 29.

28. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, vol. II, pg. 404.

29. Bernal Díaz del Castillo, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, pg. 31. Este incidente se completa con múltiples referencias a cualquier objeto que evidenciara la existencia de oro, aunque fuera de oro bajo que aceptaban con gran alegría porque, como dice Bernal, "aún no era descubierto el Perú".

30. Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pp. 30-31 y 37.

31. Bartolomé de las Casas, op. cit. vol. II, pg. 406.

32. Bernal Díaz, op. cit. pg. 37.

33. *Relación de la expedición de Juan de Grijalva*, escrita por Juan Díaz, capellán de la armada. En *Crónicas de la Conquista*, México, UNAM, 1939, pg. 37.

34. Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pg. 40.

35. Ambas citas provienen de Bartolomé de las Casas, op. cit. vol. II, pg. 445.

36. Cf. supra, *La imagen de un mundo desconocido*.
37. Pierre Chauuu, *Seville et l'Atlantique*, t. VIII, pg. 123.
38. Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés*, Buenos Aires, 1941, pg. 103.
39. Irving A. Leonard: *Los libros del conquistador*, México, 1979, pg. 27.
40. *Relación de la expedición de Grijalva*, escrita por Juan Díaz, edición citada, pp. 24-27.
41. *Instrucciones de Diego Velázquez a Hernán Cortés*, del 23 de Octubre de 1518. En la Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias, serie I, vol. 12, pp. 225-246.
42. Quizá el testimonio de más peso en cuanto al crédito general de que gozaban las noticias sobre la existencia de figuras o elementos fantásticos en la época es el que encontramos en un documento de 1524. Se trata de la cuarta carta de relación de Hernán Cortés, y es difícil imaginar a alguien más racional y menos propenso a elucubraciones fantasiosas que él. Sin embargo, en su relación, al describir la organización de la exploración sistemática de todo el territorio mexicano que estaba llevando a cabo a partir de la conquistada ciudad de Tenochtitlán, habla de la información que había recibido de uno de los capitanes que había enviado a explorar sobre "los señores de la provincia de Ciguatán que se afirman mucho haber una isla toda poblada de mujeres, sin varón ninguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales han acceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan y si hombres los echan de su compañía: y que esta isla está diez jornadas de esta provincia y que muchos de ellos han ido allá y la han visto. Dícenme asimismo que es muy rica de perlas y oro: yo trabajaré, en teniendo aparejo, de saber la verdad y hacer de ello larga relación a vuestra majestad." Hay que subrayar que Cortés, con su racionalismo característico, señala que la verdad de tales afirmaciones queda pendiente de verificación, y que sólo después de haberlas verificado las considerará dignas de crédito. Pero esta actitud escéptica de Cortés, que en la época constituía la excepción y no la regla, es la que hace particularmente significativa la cautela de Cortés a la hora de rechazar la información fantástica de su capitán. Hernán Cortés, *Cuarta Carta de Relación*, en la edición de Porrúa, México, 1975, pg. 184.
43. Cf. supra, *El desconocimiento de un mundo real*.
44. Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pg. 55.

45. Contienen dichas instrucciones treinta cláusulas que, a efectos del análisis del proyecto, se pueden reducir a diez. La cláusula número diez formula el carácter explorador de la expedición y estipula el reconocimiento de puertos y entradas, así como la obligación de trazar mapas de toda la costa explorada y de sus accidentes. Las cláusulas 21 y 22 señalan los límites de esa exploración, reduciéndola a la franja costera y prohibiendo explícitamente cualquier entrada que aleje a los expedicionarios de las navas, permitiendo sólo el reconocimiento cauteloso de algún pueblo "que estuviere cerca de la costa de la mar". Las cláusulas 12 y 13 estipulan la obligación de averiguar y hacer puntual relación, informando a Velázquez de las costumbres y religión de los habitantes de la tierra firme. La cláusula 26 completa el objetivo explorador de la expedición, recomendando que se averigüe todo lo posible sobre "otras tierras e islas y de la manera y nulidad de la gente de ella" e incluye la referencia a las noticias habidas de la existencia de amazonas, hombres orejados y con cara de perro. La cláusula 25 encarga a Cortés la evaluación general del botín de las nuevas tierras del "secreto" como se le llama discretamente incluyendo explícitamente "los árboles y frutas, yerbas, aves, animalicos, oro, piedras preciosas, perlas e otros metales, especiería e...sabido que en las dichas tierras ay oro, sabráis de donde e como lo an, e si lo oviere de minas y en parte que vos lo podáis aver, trabajar de lo catar e verlo". La cláusula 20 especifica el objetivo de rescate "de oro como de perlas, piedras preciosas, metales o cualesquiera cosas que oviere" y precisa la conveniencia de llevar un "arca de dos o tres cerraduras" para guardar dicho rescate. La 11 encarga a Cortés de comunicar a los indígenas que encuentre lo fundamental del sistema de intercambio del vasallaje, haciendo hincapié en el tributo que debe empezar ya a organizarse. Y, por último, las cláusulas 15, 16, 17 y 18 hablan de la misión de socorro de esta expedición, que debe averiguar el paradero de Grijalva y de cualquier otro cristiano, ayudarlo y traerlo de regreso a Cuba. En la Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias, serie I, vol. 12, pp. 225-246.

46. Hay que señalar aquí que, aun en el caso de que Velázquez hubiera considerado y discutido con Cortés la posibilidad y conveniencia de poblar, no hubiera podido hacer constar este objetivo en un documento legal como las *Instrucciones*, ya que aún no estaba autorizado para ello por el rey. Su nombramiento de Adelantado con derecho a poblar y conquistar la Tierra Firme no llega-

ría hasta varios meses más tarde (verano de 1519). Por otra parte conviene subrayar que la intención de poblar no cancelaba el modelo de saqueo — ambas actividades habían ido de la mano en la desastrosa explotación de las Antillas — ni indicaba la existencia en la mente de Velázquez de un proyecto de distinta naturaleza al de la propia colonia. Las instrucciones se limitaban a: Exploración e información de lo explorado a Diego de Velázquez; inventario de riquezas naturales y evaluación general del botín; inicio del proceso de apropiación mediante el rescate y la organización de un sistema de tributo; socorro a los miembros de la expedición de Grijalva o cualquiera anterior. No sólo no contenían ninguna provisión para poblar, sino que las cláusulas que limitaban la exploración a la franja costera hacían hincapié en la necesidad de mantenerse cerca de las naves en los ocasionales desembarcos, y de no acercarse a poblados más que en caso excepcional.

47. Bernal Díaz, *Historia Verdadera*, pg. 56.
48. Bernal Díaz cuenta que era sabido en la isla que, además de gastar lo que tenía, tuvo que pedir prestado y fiado, “Y como unos mercaderes amigos suyos que se decían Jaime Tría y Jerónimo Tría e un Pedro de Jérez, le vieron con aquel cargo de capitán general, le prestaron cuatro mill pesos de oro y le dieron fiados otros cuatro mill en mercaderías sobre sus indios y hacienda y fianzas”. Ibidem, pg. 56.
49. Las dos citas vienen de Bernal Díaz, op. cit. pp. 55 y 57 respectivamente.
50. Todos los testimonios coinciden en atribuir a Cortés declaraciones públicas y explícitas de obediencia a Velázquez durante los tres meses que siguieron a su partida de Cuba, período en el que anduvo “como gentil corsario” —según sus propias palabras a Las Casas años más tarde—, abasteciendo lo mejor que pudo la expedición para sus fines reales de conquista y población. Bartolomé de las Casas, op. cit. pg. 452, vol. II.
51. Bernal Díaz, op. cit. pp. 59 y 63 respectivamente.
52. Bernal Díaz, op. cit. pp. 53-54.
53. Bartolomé de las Casas, op. cit. vol. II, pg. 239.
54. Ibidem, pg. 449.
55. Mario Hernández Sánchez Barba utiliza el término “actitud existencial” para referirse a la elección del modelo testimonial sobre el erudito que realizan estos primeros cronistas. Véase su obra *Literatura e historia en Hispanoamérica*, Madrid, 1978.

56. Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pp. 25 y 53 respectivamente.
57. Irving A. Leonard, op. cit. capítulos I-III.
58. De la “*Crónica del Rey D. Rodrigo con la Destrucción de España*”, ejemplo de crónica fabulosa cuya primera edición se sitúa alrededor de 1511, dice M.G. Ticknor: “La mayor parte de los nombres propios mencionados en la Crónica son tan imaginarios como los de sus supuestos autores, y las circunstancias que en ella se refieren, tan de pura invención como los diálogos de los personajes, que sobre estar llenos de pormenores fastidiosísimos, son desnudos de interés e impropios de la época que se ha querido pintar”. M.G. Ticknor, *Historia de la Literatura Española*, traducción de D. Pascual Gayangos y D. Enrique de Vedia, Madrid, 1851.
59. Marcel Bataillon, *Erasmus et l'Espagne*, pg. 656 y ss.
60. Irving A. Leonard, op. cit. pp. 46-47.
61. Edmundo O’Gorman examina con detalle esta trayectoria en su prólogo a la *Historia Natural de las Indias*, México, 1939, UNAM.
62. Irving A. Leonard, op. cit. pp. 51-77.
63. Ibidem, pp. 56 y 62 respectivamente.
64. Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, ed. cit. pg. 32.
65. Ibidem, pg. 32.
66. *Códice Ramírez*: México, 1979, pg. 198.
67. La matanza del templo según la versión del *Códice Aubin*: reproducida en *La visión de los vencidos* de Miguel León Portilla, México, 1976, pp. 88-89.
68. *La visión de los vencidos*, pp. 81-83.
69. Véase, por ejemplo, el relato de los informantes de Sahagún citado más arriba en la pg. 155.
70. Las dos notas son de la *Historia Verdadera* de Bernal Díaz, pp. 263-264. La exactitud de la versión de Díaz viene corroborada por las declaraciones en las que el propio Alvarado da su versión de los hechos en respuesta a los cargos que se le formularon en su *Proceso de Residencia*, México, 1847, pg. 284.
71. Fernando Alva Ixtlixochitl, en *La visión de los vencidos*, pg. 90.
72. *Códice Ramírez*, pp. 199-200.
73. Bernal Díaz, *Historia Verdadera*, pp. 270-271.
74. En lo cual se engañaba puesto que, elegido nuevo emperador el

examen de esta última, por otra parte, revela a cada línea la identidad del verdadero inspirador del texto: basta comparar cada uno de los puntos de la argumentación de esta *Carta de la Justicia y Regimiento* con los de las otras cuatro *Cartas de Relación* que se conservan, para reconocer el razonamiento de Cortés detrás de todas ellas.

88. Bernal Díaz, op. cit. pp. 92-93.

89. Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, ed. cit. pp. 32-33.

90. Dice Cortés: "Y como yo viese tan manifiesto el daño y deservicio que a vuestra majestad de lo susodicho se podía seguir, puesto que me dijeron el gran poder que traía, y aunque traía mandado de Diego de Velázquez que a mí y a ciertos de los de mi compañía que venían señalados, que luego que nos pudiese haber nos ahorcarse, no dejé de me acercar más a él, creyendo por bien hacerle conocer el gran deservicio que a vuestra alteza hacía, y poderle apartar del mal propósito y dañada voluntad que traía; y así seguí mi camino". Ibidem, pg. 74.

91. Ibidem, pg. 75.

92. Ibidem, pg. 74.

93. Ibidem, pg. 34.

94. Ibidem, pg. 76.

95. Ibidem, pp. 37-39.

96. Ibidem, pp. 80 y 85 respectivamente.

97. Hernán Cortés, *Tercera Carta de Relación*, ed. cit. pp. 161 y 162 respectivamente.

98. Bartolomé de las Casas, op. cit. vol. II, pp. 238-240. Para Bartolomé de las Casas las acciones problemáticas de Colón eran siempre "errores", producto de la ignorancia o de la precipitación, nunca de la crueldad o codicia del Almirante. Cortés, por el contrario, se convierte en su *Historia de las Indias* en una especie de encarnación del mal y del abuso premeditado y calculado. La comparación de la versión de Las Casas con las versiones de otros testigos de la época y hechos de Cortés, como Bernal Díaz o Andrés de Tapia, revela hasta qué punto era fuerte el prejuicio de Bartolomé de las Casas contra Hernán Cortés, y en qué medida su caracterización de Cortés distorsiona y falsea la realidad del personaje. Los fragmentos citados corresponden a la *Historia de las Indias*, vol. II, pg. 445 y ss.

99. Andrés de Tapia, *Relación de la conquista de México*, en

Crónicas de la Conquista, UNAM, México, 1939.

100. Bernal Díaz, *Historia Verdadera*, pp. 578-581. De la afición de Cortés a los juegos y de su tolerancia hacia ellos a pesar de la prohibición explícita de Velázquez, hay pruebas abundantes. Uno de los documentos más curiosos en relación con este punto es una cédula real fechada el 11 de Marzo de 1530 en la que se restituye a Cortés y a sus hombres el dinero perdido jugando a los naipes durante las campañas de la conquista de México. La cédula responde a la petición hecha por el licenciado Francisco Núñez que dice "en nombre de los vecinos y moradores de la dicha Nueva España e conquistadores de ella", que: "...al tiempo que la dicha tierra se conquistó e pacificó, algunos de los dichos conquistadores jugaron cantidad de pesos de oro, y porque convenía para hallarse siempre juntos en los rebates y aver causa para velar en los pueblos donde residían, se permitía que jugasen de noche a los naipes y de día a los birlos, de manera que estoviesen siempre juntos porque de no lo estar, demás de las dichas causas se causaban muchas muertes de cristianos y robos de caballos y otras cosas". En otra real cédula de la misma fecha se le restituyen a Cortés la "quantía de doce mil pesos de oro" que Cortés había jugado durante las mismas campañas "siete o ocho años ha a los naypes, de que él recibe mucho agravio e dagno". Ambas cédulas se encuentran en la Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias, serie I, vol. 12, pp. 510-514.

101. Arnold Hauser traza el desarrollo de esa filosofía política que se inicia con la formulación de la separación entre la praxis política y los principios e ideales cristianos que hace Maquiavelo, para culminar en la fundación de una orden como la de los Jesuitas. Dice Hauser: "The Jesuit order...was to become a model of dogmatic strictness and ecclesiastical discipline and...became the first embodiment of the totalitarian idea. With its principle of the end justifying the means, it signifies the supreme triumph of the idea of political realism and gives the sharpest possible expression to the basic intellectual characteristic of the century", *The Social History of Art*, vol. II, pg. 118 y ss.

102. Arnold Hauser, *The Social History of Art*, Vintage Books, New York, 1951, vol. II, pp. 118-120.

103. Henry R. Wagner, *The Rise of Hernán Cortés*, Berkeley, 1944, pg. 464.

104. Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, Madrid, 1976, pp. 73-75. En

mi opinión, los estudios de Leonard, Wagner y Madariaga exageran considerablemente la importancia del modelo de la reconquista en el desarrollo de la conquista militar de México. El proyecto militar de la conquista tenía sin duda raíces que se remontaban desde el Renacimiento a la reconquista española o a las cruzadas europeas, pero no por ello hay que verlo como expresión superviviente del "espíritu de la reconquista" con exclusión de todo lo demás. La importancia que le concede Maquiavelo a la guerra y su ciencia en ese tratado sobre cómo adquirir el poder y conservarlo que es *El Príncipe*, responde a una realidad histórica plenamente renacentista en la que las armas seguían siendo la forma fundamental de transformar la realidad política y económica de los distintos estados europeos. La necesidad de la preparación militar y guerrera de cualquier gobernante se hace inexcusable en una época en la que el más lúcido filósofo político subordina al poder de las armas cualquier forma de legalidad: "Los principales fundamentos de que son capaces todos los estados ya nuevos ya antiguos, ya mixtos son las buenas leyes y armas; y porque las leyes no pueden ser malas en donde las armas son buenas, hablaré de las armas, echando a un lado las leyes", en *El Príncipe*, ed. cit. pg. 62.

105. Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, pp. 64-65.

106. Bernal Díaz, op. cit. pp. 227-228.

107. Ibidem, pg. 229. La ficcionalización de este episodio que lleva a cabo Cortés incluye también una transformación de la figura del propio Cortés y de su comportamiento. En las *Cartas*, Cortés se presenta como alguien digno y ponderado, que ordena, con parsimonia y poco menos que sin alzar la voz, que se saquen los ídolos del templo. Andrés de Tapia, que estaba presente, ofrece otra descripción del comportamiento de Cortés que conviene citar para medir la extensión de la transformación que se realiza en las *Cartas*. Según él, "antes que los españoles por quien había enviado vinieren, enojose de palabras que oíe e tomó una barra de hierro que estaba allí e comenzó a dar en los ídolos e pedrería; e yo prometo mi fe de gentilhomme, e juro por Dios que es verdad que me parece agora que el marqués saltaba sobrenatural, e se abalanzaba tomando la barra por en medio a dar en lo más alto de los ojos del ídolo". Andrés de Tapia, op. cit. pg. 87.

108. Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, pp. 38 y 83 respectivamente.

109. Por ejemplo, la caída en una trampa por escuchar las pre-

siones de Alvarado y ceder a las de sus propios hombres que querían penetrar hasta el centro de la ciudad, con la consiguiente pérdida de más de 50 hombres, no caracteriza a Cortés como imprevisor sino que demuestra la validez invariable de sus tácticas y métodos. Lo mismo sucede con el incidente de las puentes mal cegadas que aparece narrado en la misma *Tercera Carta*.

110. Véase la *Relación* de Andrés de Tapia, pp. 74-75, y la *Historia Verdadera* de Bernal Díaz, pg. 164 y ss.: También la *Visión de los vencidos*.

111. Andrés de Tapia, ibidem, pg. 75.

112. Bernal Díaz, *Historia Verdadera*, pg. 165 y ss. El canibalismo y la sodomía constituyen una especie de obsesión recurrente dentro del discurso narrativo de Bernal, donde pasan a representar por sí solos el Mal, que Bernal identifica implícitamente con los infieles centrándolo en esas dos costumbres que se percibían como monstruosas desde el contexto cultural europeo.

113. Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, ed. cit. pp. 44-45.

114. El discurso narrativo de las cartas utiliza abiertamente el uso del terror y de la violencia en la caracterización del héroe ficcional, y, aunque minimice los efectos concretos de la represión, no parece que a Cortés le creara ningún problema admitir que les dio tal mano a los cholultecas que murieron más de tres mil. Al contrario, lo presenta como una prueba de su talento militar, con lo cual no se caracteriza como desalmado sino como hombre de su época. El héroe actúa aquí sobre el mismo principio que formularía con la mayor claridad Maquiavelo en la sección de *El Príncipe* en la que habla "De la severidad y clemencia, y si vale más ser amado que temido". En ella leemos que "le es imposible a un príncipe nuevo evitar la reputación de cruel, a causa de que los Estados nuevos están llenos de peligros"; y a la alternativa entre ser amado y ser temido responde Maquiavelo formulando el mismo principio que está implícito en toda la transformación del terror y la violencia en táctica necesaria que lleva a cabo Cortés en las *Cartas*. Dice así: "Se responde (a la cuestión de si vale más ser amado que temido) que sería menester uno y otro juntamente; pero como es difícil serlo a un mismo tiempo, el partido más seguro es ser temido, primero que amado, cuando se está en la necesidad de carecer de uno u otro de ambos beneficios". La conducta de Cortés en Cholula y Tepeaca es una perfecta ilustración de esta filosofía, cuya validez quedará confirmada una y otra vez dentro de la narración por los éxitos de

conquista que, verdadera o ficcionalmente, se presentarán como resultado directo de ella. Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, pp. 81-85.

115. Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, pg. 32.

116. Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, pg. 19.

117. Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, pg. 42.

118. Maquiavelo elabora en relación con este principio general toda una teoría sobre el buen uso de la crueldad y la utilización política de la bondad y generosidad en su *Príncipe*. Por otra parte la relación de Cortés con sus propios hombres es una perfecta combinación de los dos principios. Divide a la tropa aislando a los seguidores de Velázquez entre los cuales distribuye alternativamente castigos y mercedes, liquidando en el proceso a los más irreductibles y ganándose a los demás. Véase la *Segunda Carta de Relación*, ed. cit.

119. Henry Wagner, *The Rise of Hernán Cortés*, pg. 294.

120. Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés*, pg. 454.

121. Nicolás Maquiavelo, op. cit. pg. 50.

122. "Yo había proveído —dice— que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar que nuestros amigos no matasen a aquellos tristes que salían, que eran sin cuento. Y también dije a todos los capitanes de nuestros amigos que en ninguna manera consintiesen matar a los que salían; y no se pudo tanto estorbar, como eran tantos, que aquel día no mataran y sacrificaron más de quince mil ánimas." Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, pg. 161.

123. *Ibidem*, *Cuarta Carta de Relación*, pg. 197.

124. *Ibidem*, *Carta de Cortés al Emperador*, del 15 de Octubre de 1524, pg. 205.

125. El proyecto formulado en la cuarta *Carta de Relación*, y en la carta que Cortés le escribió al rey el 15 de Octubre de 1524 principalmente, opone a la concepción del Nuevo Mundo como botín, reserva de metales preciosos y fuente de rápido enriquecimiento (característica del modelo de representación colombino y de la experiencia colonial de las Antillas), un modelo político y económico en el que la economía no se orienta hacia la producción de un tributo de metales preciosos para el rey o los colonos, sino hacia una producción agrícola, minera y ganadera armoniosa, que apunte hacia una forma de autoabastecimiento. Esta transformación de objetivos se formula —junto con sus implicaciones en re-

lación con el verdadero lugar que se les reserva a los naturales dentro de la nueva sociedad — en la carta del 15 de Octubre de 1524, donde Cortés dice al referirse a la cuestión del tributo que se les exigía habitualmente a los indígenas: "porque oro ni plata no habla de ser, porque alguno que tenían antiguamente en joyuelas ya lo han dado y se es acabado, y lo que podrían dar es lo que ahora dan a los españoles que los tienes, así como maíz que es el trigo de que acá nos mantenemos; algodón de que hacen las ropas de que ellos se visten; pulque, que es un vino que ellos beben: hacer las casas en que los españoles moran: criar algunos ganados." *Ibidem*, pg. 212.

126. Cortés invoca explícitamente esta dependencia para justificar su desobediencia a Tapia y su negativa a ir a entrevistarse con él. De forma menos explícita establece cuidadosamente, a lo largo del final de la *Tercera Carta* y de toda la *Cuarta*; su insustituibilidad en la relación del proyecto de estado de la Nueva España.

127. En la ficcionalización de las *Cartas* no hay lugar para elementos problemáticos ni distintos de los que exige el proyecto de caracterización del héroe. Tampoco lo hay en la descripción del estado que este héroe crea. El lugar exclusivo que la ficción asigna a conflictos y problemas diversos se identifica con la presentación de los sucesivos usurpadores. Como tales aparecen caracterizados dentro del discurso de las *Cartas* todos aquellos que, como Tapia, Garay y Grijalva, enviados por Fonseca o Velázquez, pretendan minar o compartir el poder absoluto de Cortés, que los trata de "corsarios". Hernán Cortés, *Cuarta Carta de Relación*, pg. 187.

128. En este contexto de ficcionalización deben entenderse los elementos de su código de representación feudal de acción y personaje así como las referencias a Montesinos, Roldán y otros héroes de la época medieval que Bernal Díaz le atribuye a Cortés en su *Historia Verdadera*. No expresan la influencia de los modelos caballerescos en Cortés y su proyecto, como propone Irving A. Leonard, —aunque éste sea el caso para Bernal y otros conquistadores— sino la utilización deliberada de esos modelos para articular una caracterización ficcional de acción y personaje, que se subordina a unos fines políticos muy precisos.

129. Hernán Cortés, *Carta al Emperador*, del 15 de Mayo de 1522, en *Cartas de Relación*, pg. 99.

130. Hernán Cortés, *Cuarta Carta de Relación*, pg. 195.

131. Frente a la traición que aparecía identificada en las *Cartas* por

Velázquez y los de su bando, siempre procurando su ganancia e interés personales, Cortés formularía repetidamente como objetivo central de su acción y proyecto el acrecentamiento de los dominios y de la gloria del monarca. Como, por ejemplo, cuando se refiere a los barcos que está construyendo para seguir su expansión territorial hacia las islas de las especias, diciendo: "porque tengo por muy cierto que con ellos, siendo Dios Nuestro Señor servido, tengo que ser causa de que vuestra cesárea majestad sea en estas partes señor de más reinos y señoríos que los que hasta hoy en nuestra nación se tiene noticia; ...pues creo que con hacer yo esto no le quedará a vuestra excelsitud más que hacer para ser monarca del mundo". Hernán Cortés, *Cuarta Carta de Relación*, pg. 196.

132. En la ficcionalización de las *Cartas*, Cortés no sólo subordinó todos sus actos al interés del rey, presentando hasta sus actos más rebeldes como servicios de buen vasallo, sino que en una serie de arengas a sus hombres —arengas no menos ficcionalizadas— utilizaría los conceptos de *vasallaje* y de *servicio* como supremo argumento de persuasión, reforzando así la importancia de la estructura ideológica a la que éstos aluden. La primera de estas arengas la pronunció en el contexto de las campañas militares contra los tlaxcaltecas, y la transcribe así: "oía decir por los corrillos que había sido Pedro Carbonero y que los metía donde nunca podrían salir...y yo los animaba diciéndoles que mirasen que eran vasallos de vuestra alteza y que jamás en los españoles en ninguna parte hubo falta, y que estábamos en disposición de ganar para vuestra majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo, y que demás de hacer lo que como cristianos éramos obligados, en pugnar contra los enemigos de nuestra fe, y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria y en este conseguíamos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó. Y que mirasen que teníamos a Dios de nuestra parte y que a él ninguna cosa le es imposible...". El orden de la argumentación concede la importancia primordial al vasallaje, que se presenta como motor fundamental de una acción que aparece caracterizada implícitamente como servicio frente a la alternativa de abandono de la empresa, que, dentro del mismo código feudal de representación, se identifica con la traición. En la arenga citada, sólo después de la utilización de la relación de vasallaje como argumento capital se refiere Cortés a la obligación que tienen de actuar como cristianos: y la mención de la gloria, honra y prez, que en la realidad constituía la motivación fundamental, se relega al último termino.

Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, pp. 39-40.

133. Lo cual de paso justifica la expropiación de las nuevas tierras como botín, de acuerdo con la teoría de Sto. Tomas, tal como señala Victor Frankl en su artículo "Imperio particular y universal en las cartas de relación de Hernán Cortés", Cuadernos Hispanoamericanos, número 165, pg. 467.

134. Resulta sorprendente la evaluación que hace Henry Wagner en relación con la elección entre someterse e independizarse que tuvo que hacer Cortés: "Although Cortés was a natural born leader he was not in my opinion a great one; his judgement was not commensurate with his energy.... Confronted finally with the necessity to declare himself independent or returning to Spain to have his wings clipped, he tamely submitted". Henry Wagner, op. cit. pp. 41-42. Si algo demuestra esta decisión de Cortés de no independizarse es precisamente su lucidez: ni siquiera todo el poder alcanzado en la conquista logró hacerle perder de vista el contexto político y social en el que se integraba su propio poder. Dentro de ese contexto el apoyo del rey era todavía una base fundamental sobre la que se apoyaba todo el poder del propio Cortés en México. México no era en modo alguno un estado absolutista plenamente constituido sino un estado dependiente en vías de constitución, cosa que parece olvidar Wagner cuando habla con tanto optimismo de la posibilidad de independización. El que Cortés no se hiciera ilusiones sobre la invulnerabilidad y solidez de su propio poder lo señala como gran político realista y racional, y no —tal como parece indicar Wagner— como sumiso, timorato o falto de verdadera talla e iniciativa.

135. Bernal Díaz, *Historia Verdadera*, pg. 178.

136. Hernán Cortés, *Quinta Carta de Relación*, pp. 221 y 244 respectivamente. El subrayado es mío.

137. Y no hay que olvidar que el elemento fantástico de esa representación colombina, que identificaba América con los reinos fabulosos o míticos del extremo oriental de Asia, cumplía la función clave de definirlos como las más extraordinarias reservas de metales preciosos y especias de las que se hubiera tenido noticia a través de los textos de los antiguos o de los libros de viajes de la época. Cf. supra *La instrumentalización de la realidad*.